



Sede Educativa
Escuela Superior de Guerra
Teniente General L. M. Campos

TRABAJO FINAL INTEGRADOR DE LA ESPECIALIZACIÓN EN HISTORIA MILITAR CONTEMPORÁNEA

Título: “El conflicto del Sahara Occidental (1975-1991): un caso de guerra asimétrica”.

Que para acceder al título de Especialista en Historia Militar Contemporánea presenta el alumno Eduardo Tonioli

Lugar y Fecha: CABA, 15 de octubre de 2023

Resumen.

El presente trabajo final integrador aborda el conflicto del Sahara Occidental, que enfrentó al Frente Polisario con Marruecos y con Mauritania entre 1975 y 1991, a la luz de las teorías que han conceptualizado a la guerra asimétrica.

Para ello indaga en torno a las diferencias de capacidades militares y a las divergencias de los modelos de actuación bélica de los actores intervinientes.

Palabras clave: *Sáhara Occidental, saharauis, Frente Polisario, Marruecos, Mauritania, Estados Unidos de América, Francia, Argelia, Magreb, fosfatos.*

ÍNDICE

I. ÍNDICE – Pag. 2

II. INTRODUCCIÓN – Pag. 3

III. DESARROLLO

Capítulo 1: El Sáhara Occidental, un territorio pendiente de descolonización.-
Pag. 7

La ocupación española (1884 – 1976). - Pag. 7

Guerra en el Sáhara (1975-1991). - Pag. 16

Conclusiones del capítulo 1. – Pag. 22

Capítulo 2: El control de los recursos naturales como quid de la cuestión. -
Pag. 23

Conclusiones del capítulo 2. – Pag. 27

Capítulo 3: De la guerra en el desierto. – Pag. 28

Teorías de la guerra: del orden a la dispersión. - Pag. 28

Golpear y replegarse: el Polisario jaquea a sus enemigos. - Pag. 30

De la guerra de maniobras a la guerra de posiciones: los muros defensivos
marroquíes. - Pag. 35

Conclusiones del capítulo 3.- Pag. 38

IV. CONCLUSIÓN – Pag. 41

V. REFERENCIAS

Bibliografía – Pag. 43

Anexos - Pag. 46

INTRODUCCIÓN

Hemos elegido como tema para abordar en nuestro Trabajo Final Integrador el conflicto del Sahara Occidental, que enfrentó en una primera etapa al Frente Polisario con Marruecos y Mauritania, y luego de 1979 (tras la retirada de las tropas mauritanas de los territorios ocupados) exclusivamente con Marruecos. El período sobre el que vamos a indagar será el que va de 1975, cuando España (que ocupaba el Sahara Occidental desde 1884) da los primeros pasos para cesar con la ocupación, a 1991 (fecha en la que se concreta el alto al fuego entre el Frente Polisario y Marruecos). En ese marco, pretendemos analizar el conflicto de marras a la luz de las teorías que han conceptualizado a la guerra asimétrica.

El Sahara Occidental es un extenso territorio de 266.000 km² ubicado en la zona noroccidental de África (limita con Mauritania al sur y al este, con Argelia en el noreste, con Marruecos en el norte y con el mar Atlántico en el occidente), que fue ocupado por España entre 1884 y 1976. Luego de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente a partir de la década del 50 del siglo pasado, se inicia en el continente africano un proceso de descolonización del que nacerían más de medio centenar de estados nación, independientes de los países europeos que hasta allí se habían repartido sus territorios. En ese marco, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó en 1963 una resolución que incluía al Sáhara español en la lista de Territorios No Autónomos en espera de descolonización, y reafirmaba el derecho de autodeterminación de la población autóctona, el pueblo saharauí.

Sin embargo, el 14 de noviembre de 1975, habiendo decidido España emprender su retirada del Sahara Occidental, firmó los “Acuerdos de Madrid” junto el Reino de Marruecos (que ya había avanzado de hecho unos días antes con la ocupación de parte del territorio en cuestión por medio de la “Marcha Verde”) y la República Islámica de Mauritania, en los que transfería a ambas naciones su administración. Los acuerdos se efectivizaron sin la participación de los representantes del pueblo saharauí, que desde 1973 contaba con el Frente Polisario como herramienta de organización política orientada a conquistar su soberanía sobre el Sahara Occidental. El 27 de febrero de 1976, al día siguiente del cese de la ocupación española, el Frente Polisario proclama la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). Allí comienza de manera abierta el conflicto que nos proponemos abordar.

Desde una perspectiva general e integral, y con fuerte hincapié en el análisis histórico, el conflicto del Sahara Occidental ha sido abordado por Diego Aguirre (1991), Ruiz Miguel (1995), Fuente Cobo y Mariño Menéndez (2006), Algueró Cuervo (2006), Fuente Cobo (2011) y Suárez Saponaro (2016), entre otros. Contreras Granguillhome (1983) incorporó la mirada jurídica y el abordaje del diferendo en el marco de los organismos supranacionales (particularmente las Organización de las Naciones Unidas y la Organización para la Unidad Africana), además de replicar íntegramente un buen número de resoluciones, proclamas, manifiestos y documentos de los actores del conflicto, todas fuentes primarias de gran valor. Más abocados a las consecuencias de la intervención en el conflicto de las potencias en pugna durante la Guerra Fría, la URSS y los EEUU, nos encontramos con los trabajos de Agozino (2010) y Gari (2021).

Los textos de Trasmontes (2014 y 2016), Campos Serrano y Trasmontes (2015), y Martínez Milán (2017), nos introducen a la cuestión de la disputa por los recursos naturales estratégicos en la zona del Sahara Occidental desde una perspectiva geopolítica, un aspecto que va a adquirir gran importancia en el desarrollo de las distintas etapas del conflicto (de hecho la sigue teniendo en la actualidad).

En referencia a la categoría de guerra asimétrica, además de los aportes en torno a los cambios en las características de la guerra por parte de algunos autores considerados ya clásicos del pensamiento militar –Lind (1989), Van Creveld (1991), Moore y Bunker (1994)-, vamos a incorporar las perspectivas de Cabrerizo Calatrava (2002) y Verstryngge (2013), que realizan aportes teóricos de importancia en la materia, y nos van a servir de marco general para analizar las acciones bélicas desarrolladas a lo largo del conflicto por el Ejército de Liberación Popular Saharaui (brazo armado del Frente Polisario, en adelante ELPS) y los ejércitos regulares de Mauritania y de Marruecos. Asimismo, para un detalle operativo de las tácticas de combate utilizadas por los contendientes vamos a recurrir a los trabajos de Diego Aguirre (1991), Ruiz Miguel (1995), Boukhari (2004) y Suárez Saponaro (2016), además de las referencias al tema incorporadas en otros textos citados anteriormente.

El núcleo problemático que vamos a investigar es de qué manera incidió en el desarrollo de la guerra del Sahara Occidental (1975–1991) la disparidad de recursos, apoyos internacionales, armamentos y tropas entre los contendientes.

Entendemos que el tema resulta relevante para la Especialización de Historia Militar Contemporánea, en tanto para su abordaje requiere de herramientas teóricas incorporadas en el proceso de construcción de conocimiento desarrollado en cada una de sus materias. A saber: las diversas teorías que analizan la evolución del carácter de la guerra (Pensamiento Militar Contemporáneo), la cuestión de la disputa por los recursos estratégicos (Geopolítica), y los análisis históricos referidos a los procesos de descolonización del Tercer Mundo (Historia Militar Contemporánea) y al periodo de la Guerra Fría (Política Internacional Contemporánea).

Como objetivo general de la investigación nos proponemos analizar el conflicto del Sahara Occidental (1975 – 1991) a la luz de la categoría de guerra asimétrica.

Nuestros objetivos específicos serán, en primer lugar, el estudio de la incidencia del cese de la ocupación española, y el impacto de la intervención de otros actores internacionales y regionales, en el origen y desarrollo del conflicto; en segundo lugar, la indagación en torno a la disparidad en el acceso de los contendientes a recursos naturales estratégicos, y su relación con el desarrollo del conflicto; y en tercera y última instancia, la conceptualización de la categoría de guerra asimétrica, y la caracterización de las tácticas de combate adoptadas por los actores en pugna.

El 11 de diciembre de 1963 la Asamblea General de la ONU adoptó la resolución 1956, que incluía al Sáhara Español en la lista de Territorios No Autónomos (TNA) pendientes de descolonización. Desde entonces el Sahara Occidental se mantiene en ese listado, aunque con una particularidad: es el único territorio no autónomo en el que la potencia administradora de jure, España, no se reconoce a sí misma como tal, y ha abandonado las responsabilidades que la Carta de las Naciones Unidas le asigna, desde el momento de su

retirada de la región (26 de febrero de 1976). Teniendo en cuenta esta particularidad, enmarcaremos el conflicto del Sahara Occidental en el proceso de descolonización africana, aunque -en este caso- lo que Zorgbibe (1997) define como “el espíritu de Bandung” (en referencia a la conferencia que dio nacimiento al Movimiento de Países No Alineados) no haya tenido una consecuencia directa en la concreción de la independencia de aquel territorio, más si en el nacimiento de una conciencia nacional saharauí que habría de desembocar en la fundación del Frente Polisario, proceso ampliamente documentado tanto en el trabajo específico de Ospina Morales (2019), como en obras más generales en torno al tema como las de Diego Aguirre (1991), Ruiz Miguel (1995), Algueró Cuervo (2006), y Fuente Cobo y Mariño Menéndez (2006), entre otras.

Debemos señalar además que la intervención inicial de los EEUU en favor de Marruecos, apoyando abiertamente la “Marcha Verde”, es una de las variables que –aunque con intensidades variables según la etapa- se va a sostener en el tiempo a lo largo del conflicto; y que, a pesar de la posición ambigua de la Unión Soviética (uno de sus aliados regionales), Argelia se va a constituir en el principal apoyo del Frente Polisario. A partir de esta lectura, entendemos que resulta necesario también encuadrar el conflicto en el marco de la Guerra Fría. Los trabajos de Gari (2021) y Agozino (2010), entre otros, realizan sendos aportes que abonan a esta perspectiva.

En lo que refiere a los recursos naturales, adoptaremos la caracterización de García Tasich (2017), que los define como estratégicos cuando son escasos e insustituibles (o difícilmente sustituibles), están desigualmente distribuidos, resultan claves en el funcionamiento del modo capitalista de producción, y en el mantenimiento de la hegemonía regional o mundial, o de la supremacía de ciertos actores a nivel local.

En ese marco, resulta importante señalar como un punto de inflexión de la historia contemporánea del Sahara Occidental el descubrimiento en 1956 de uno de los mayores depósitos de fosfatos del mundo en Bucraa, recurso natural que encuadra en la definición antes desarrollada, en tanto materia prima básica imprescindible para la elaboración de fertilizantes. Vale agregar además que este descubrimiento coincidió con el uso creciente de estos productos en la actividad agrícola desde la década del 60 del siglo pasado.

La reacción española frente al hallazgo consistió en la asignación de un nuevo estatus colonial para el Sahara Occidental, convirtiéndolo en 1958 en una de sus provincias, con el objetivo evidente de prolongar su presencia en la región, en lo que Campos Serrano y Trasmontes (2015) van a definir como “segunda ocupación colonial”. De allí en adelante es posible realizar una genealogía del conflicto siguiendo el hilo de la disputa por ese y otros recursos estratégicos presentes en la región, pasando por los Acuerdos de Madrid de 1975 (en los que España transfirió la administración del Sahara Occidental a Marruecos y Mauritania, y a cambio –por medio de anexos secretos filtrados años después- se reservó participación en la explotación del fosfato y en la actividad pesquera), hasta llegar al presente, en el que Marruecos –ocupación del Sahara Occidental mediante- controla el 70% de las reservas de fosfato del mundo. Además de los citados, los textos de Martínez Milán (2017), Martínez García (2018) y Trasmontes (2014 y 2016) arrojan una mirada muy precisa en torno al tema, y el de Soroeta Liceras (2001), incorpora un análisis desde la perspectiva del derecho internacional.

Por último, vamos a recurrir al concepto de guerra asimétrica para darle un principio de inteligibilidad al desarrollo del conflicto armado entre el Frente Polisario y los ejércitos regulares de Mauritania y de Marruecos.

Desde Lind (1989), que considera que la historia de la evolución de las formas de la guerra es en última instancia la historia del desplazamiento progresivo del orden a la dispersión en los campos de batalla, pasando por Van Creveld (1991), que describe el proceso de pérdida del monopolio de la violencia por parte del Estado en favor de otras entidades, y Moore y Bunker (1994), con la caracterización que realizan de la novel guerra “no perteneciente a occidente”, hasta llegar a Hoffman (2007) y sus guerras “híbridas”, el pensamiento militar ha intentado aprehender el fenómeno de la guerra no convencional o irregular. Coincidimos con Sánchez García (2012) cuando señala que en ocasiones se trata de distintas formas de nombrar un mismo fenómeno, que –por definición- es de fronteras difusas. Debido a ello, y frente a diversas definiciones de guerra asimétrica que en algunos casos resaltan preferentemente las diferencias de poderío militar entre contendientes, en otros hacen referencia al uso de tácticas y estrategias diferenciadas entre los mismos, y en otros ponen el acento en el aprovechamiento por parte de un actor de las debilidades del adversario, hemos adoptado la definición propuesta por Cabrerizo Calatrava, y retomada por Verstrynge (2013), que integra y sintetiza todas las anteriores:

La mejor definición debería basarse en considerar como elemento clave de la asimetría la existencia de modelos estratégicos o de formas bélicas diferentes. No existe pues conflicto armado asimétrico sólo por la existencia de una desigualdad numérica, tecnológica o de meros procedimientos entre los contendientes, sino cuando estos adoptan formas de combate diferentes en su concepción y en su desarrollo.

Así, se puede definir el conflicto armado asimétrico como aquel que se produce entre varios contendientes de capacidades militares normalmente distintas y con diferencias básicas en su modelo estratégico. (Cabrerizo Calatrava, 2002, p.5).

El diseño a emplear en el trabajo será explicativo, y se utilizarán tanto fuentes primarias (documentos y resoluciones emitidas por los actores intervinientes en el conflicto, artículos de diarios de la época, entre otros) como secundarias (libros, tesis académicas, artículos y páginas web).

Capítulo I: El Sahara Occidental, un territorio pendiente de descolonización.

En este capítulo abordaremos el estudio de la incidencia del cese de la ocupación española del Sahara Occidental, y el impacto de la intervención de otros actores internacionales y regionales en el origen y desarrollo del conflicto.

La ocupación española (1884 – 1976).

En las últimas décadas del siglo XIX se produce el reparto del continente africano a manos de las potencias europeas. La Conferencia de Berlín, celebrada entre noviembre de 1884 y febrero de 1885 en la capital del Imperio alemán, consagró una distribución de aquellos territorios que encontró en Francia y Gran Bretaña a las dos naciones más beneficiadas, y a otros países europeos como Bélgica, Portugal, Italia y la misma Alemania, como poseedores de vastos dominios. La fórmula que permitió celebrar aquel acuerdo se fundó en algunos casos en el reconocimiento de “derechos históricos” esgrimidos por las potencias sobre los territorios en disputa, y en otros por el peso específico que cada una de ellas ocupaba en el marco del equilibrio de poderes europeo de la época.

En lo que refiere a España, sus intereses en la región eran más acotados, y se resumían a “evitar que ninguna potencia europea tuviese el control efectivo de un territorio situado enfrente de una costa española” (Fuente Cobo y Mariño Menéndez, 2006, p.13), en función de la aceptación de sus limitaciones objetivas a la hora de poder ejercer un eventual control de extensos territorios. De allí su interés particular en torno a la costa africana frente a las Islas Canarias.

Vale señalar de todas maneras que, sin contar la antigüedad y el medioevo (etapas que no serán objeto de nuestra investigación), los primeros intentos españoles por hacerse del control del Sahara Occidental en la era moderna databan de mediados del siglo XIX en adelante, e incluían iniciativas tanto estatales como privadas, ampliamente documentadas en la obra de Carlos Ruiz Miguel (1995).

Lo cierto es que a partir de 1884 España va a ocupar oficialmente la costa del Sahara Occidental, y por medio de los tratados que firmará con Francia en 1900, 1904 y 1912 se irán configurando sus dominios en el norte de África: el Sahara español -integrado por las regiones de Saguía el Hamra y Río de Oro, y considerado como colonia-; las regiones del Rif, Ifni y Tarfaya, legalmente incorporadas como parte del protectorado de España en Marruecos; y los enclaves de Ceuta y Melilla, en el extremo norte de la región, jurídicamente considerados por España como parte integral de su territorio. Todos estos dominios, más allá de los regímenes a los que se hallaban sujetos (que en algunos casos habría de ir cambiando), van a sostenerse bajo control español hasta 1956, cuando se produce la independencia de Marruecos (Anexo 1).

Es importante señalar que la región de Tarfaya -ubicada en la zona norte del Sahara occidental, y conocida también como Cabo Juby o como Villa Bens durante la ocupación española- pasaría a formar parte de una unidad administrativa distinta a la del Sahara español, pese a integrar por sus características un mismo espacio geográfico, étnico y cultural. Como la misma metrópolis administraba ambos territorios (la colonia y el protectorado), esto no generaría por entonces mayores problemas. Estos van a emerger a mediados del siglo XX, en el marco del proceso de emancipación de los países africanos.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, comienza a desarrollarse un proceso de descolonización de muchos países del Tercer Mundo, en particular en Asia y África. El crecimiento de una conciencia nacional en colonias cuyos nativos en muchos casos habían luchado en la contienda mundial en favor de sus metrópolis, el nacimiento de elites locales educadas en universidades occidentales, y la coincidencia tanto de los EEUU como de la URSS (las dos potencias rectoras del nuevo orden mundial) “en la necesidad de modificar o reemplazar las viejas formaciones coloniales por un nuevo tipo de orden” (Saborido y Borrelli, 2016, p.55), coadyuvarían en el despliegue de este proceso.

La región del Magreb no sería la excepción: Libia alcanzaría su independencia en 1951, Argelia en 1962, Túnez en 1956, y Mauritania en 1960 (Anexo 2). En el caso de Marruecos, país ocupado por Francia y por España, conseguiría el reconocimiento de su independencia por parte de la primera el 2 de marzo de 1956, y de la segunda el 7 de abril del mismo año, aunque –por el momento- este último implicaría solo la devolución de la región norte del Protectorado. Tras la Guerra de Ifni-Sahara, iniciada en noviembre de 1957 entre el irregular Ejército de Liberación Marroquí y el ocupante español, los gobiernos de ambas naciones firmarían los Acuerdos de Cintra en abril de 1958, en cuyo marco España cedería la zona sur del Protectorado (la región de Cabo Juby / Villa Bens) a Marruecos, y se generarían las condiciones para que el territorio de Ifni corriera la misma suerte en 1969 (Diego Aguirre, 1993).

Tras los reclamos marroquíes de estos y otros territorios más amplios se hallaba la idea fuerza del “Gran Marruecos” (Anexo 3):

En su estancia en El Cairo (1953-1956), Allai El Fassi, presidente del partido nacionalista marroquí Istiqlal elaboró sus teorías sobre el "Gran Marruecos" que comprendería todas las posesiones españolas del Norte de África (Ifni, la región de Villa Bens, todo el Sahara español, Ceuta, Melilla y los islotes), toda Mauritania, y buena parte de Argelia y de Mali, llegando hasta el río Senegal. (Ruiz Miguel, 1995, p.54).

Esa incipiente vocación expansionista de la corona marroquí sería una de las razones del enfrentamiento que sostuvo con Argelia en la llamada Guerra de las Arenas (1963 – 1964), de su tardío reconocimiento del carácter independiente de Mauritania (que recién se produjo en 1970), y de la decisión de avanzar sobre el Sahara Occidental –aún controlado por España- el 6 de noviembre de 1975, en la célebre Marcha Verde, verdadera piedra de toque del conflicto armado que pretendemos analizar.

En lo que refiere a Mauritania, además de rechazar las pretensiones marroquíes sobre su territorio, supo también esgrimir reivindicaciones sobre el Sahara Occidental, desde antes incluso del inicio formal de su vida independiente. Ya en 1957 Moktar Ould Daddah, quien sería el presidente de la Mauritania emancipada entre 1960 y 1978, afirmaba que su país englobaba “las poblaciones moras del Sahara Español y de los confines marroquíes” unidas por “innumerables” lazos, reclamaba “ser de la misma civilización del desierto, de la que estamos tan justamente orgullosos” e invitaba a sus “hermanos del Sahara Español” a formar parte de una “gran Mauritania económica y espiritual” (Citado en: Contreras Granguillhome, 1983, p.45).

Mientras tanto, España introduciría por aquellos años cambios en el régimen de ocupación de sus dominios en el Magreb: una de las consecuencias de la guerra del Ifni-Sahara sería

la provincialización –precisamente- de las regiones de Ifni y del Sahara Occidental, por medio de un decreto firmado por Francisco Franco el 10 de enero de 1958. Las razones de ese cambio serían el resultado de una nueva valoración económica y geopolítica en lo que hacía a la región. A saber: en primer lugar, España había descubierto la existencia de fosfato en el Sahara Occidental hacia 1945, y –aunque con demoras- para fines de la década del 50 había tomado la decisión de avanzar con la investigación y la eventual explotación de yacimientos de aquel mineral (Martínez Milán, 2017). Sumado a ello el Estado español también comienza por entonces a explorar el territorio en busca de petróleo, en asociación con once compañías privadas. Así, señalan Fuente Cobo y Mariño Fernández, “durante la década de los 60, las inversiones españolas en la región atraen a numerosos trabajadores y funcionarios europeos que pasan de 1.700 en 1957 a más de 20.000 a principios de los años 70” (2006, p.26).

Sin embargo, paralelamente, la Organización de las Naciones Unidas (organismo al que España había ingresado en 1955) comenzó a tener un rol mucho más activo en el reclamo de descolonización de los países del tercer mundo: en 1960 su Asamblea General aprueba la Resolución 1514 (XV), o “Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”, en la que proclamó el derecho de los pueblos a su libre determinación. A posteriori, el 11 de diciembre de 1963, el mismo organismo dicta la resolución 1956 (XVIII), incluyendo al Sáhara Español en la lista de Territorios No Autónomos (TNA), en espera de descolonización, y el 20 de diciembre de 1966, la resolución 2229 (XXI), invitando a España –en tanto potencia administradora- a organizar un referéndum auspiciado por la ONU a fin de que el pueblo saharauí pudiera ejercer libremente su derecho a la autodeterminación.

La Organización para la Unidad Africana comenzó a abordar la cuestión saharauí a partir de 1966, cuando en el marco de su Consejo de Ministros incorpora al Sahara Occidental (junto a Ifni, Guinea Ecuatorial y Fernando Po) como un caso de colonialismo en el continente africano. En su resolución de noviembre de 1966 el organismo expresó su apoyo a “cualquier esfuerzo tendiente a la liberación inmediata e incondicional de todos los territorios bajo dominación española”, y en el transcurso del mismo año exigió a España la aplicación de la resolución 2428 (XXIII) de la Asamblea General de la ONU sobre el Sahara Occidental. En 1970 reiteró la exigencia, solicitando a España allanarse “a las disposiciones pertinentes de las resoluciones aprobadas por la ONU relativas al derecho legítimo de las poblaciones del Sahara ‘llamado español’ a la autodeterminación”. Reclamos de similares características son enunciados por el Consejo de Ministros de la Organización para la Unidad Africana durante el transcurso de los años 1972 y 1973. (Contreras Granguillhome, 1983, p.71).

A la luz de este proceso abierto en los citados organismos supranacionales, la provincialización del Sahara Occidental, acompañada de su desarrollo económico y de infraestructura, se revela como una estrategia asumida por España para afirmar que no poseía territorios no autónomos, y -por otro lado- para contener las aspiraciones autonómicas de una naciente burguesía nativa que estaba desplazando a la antigua aristocracia tribal, además de ponerle un límite a los reclamos territoriales de Marruecos. Podemos señalar, siguiendo a Fuente Cobo (2011), que España no participó en un principio del proceso abierto en la ONU en tanto “las distintas Resoluciones que durante estos años fue adoptando la Asamblea General encaminadas a impulsar la descolonización cayeron reiteradamente en oídos sordos”, y que “optó por desarrollar el Sahara, como forma de compensar las reclamaciones internacionales y acallar las crecientes demandas de la población” (pag. 4). En la misma línea puede inscribirse el

Decreto 1024 del año 1967, por medio del cual el gobierno español creó la Asamblea General del Sahara, o Yemáa, un remedo de parlamento regional integrado por nativos afines a la metrópolis.

Sin embargo, en 1967 y 1968 España vota a favor de las resoluciones 2354 (XXII) y 2428 (XXIII) de la ONU sobre la descolonización del Sahara, que trataban de manera distinta las cuestiones de Ifni y del Sahara Occidental, reconociendo la autodeterminación de este último, y estableciendo que ese proceso de autodeterminación debía realizarse en consulta con los Estados vecinos. Fuente Cobo y Mariño Menéndez hallan en esas votaciones ecos de una interna del gobierno español:

En la administración española se estaba produciendo en esas fechas una clara contradicción en el nivel político, entre el Ministerio de la Presidencia dirigido por Carrero Blanco, que mantenía una tesis integracionista a favor del mantenimiento del Sahara dentro de la soberanía española y el Ministerio de Asuntos Exteriores a cuyo frente se encontraba Castiella, mucho más favorable a los postulados de Naciones Unidas, y en particular a la Resolución 2354 (XXII) de la Asamblea General, aceptada por España en la que se proclamaba la autodeterminación del Sahara mediante referéndum, en consulta con los gobiernos de Mauritania y Marruecos y con “cualquier otra parte interesada” (en clara alusión a Argelia). (2006, p.30).

El reemplazo de Castiella por un ministro mucho más cercano al planteo de Carrero Blanco, evidencia que la disputa interna se resolvió provisoriamente en favor del planteo “integracionista”: luego de ello España se va a abstener en la XXIV sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas al votarse la resolución 2591 sobre el Sahara Occidental, como una forma de expresar su negativa a la visita de una misión exploratoria de la ONU, instancia previa al inicio de un proceso de autodeterminación.

El proceso de modernización impulsado por la metrópolis desde mediados del siglo XX, en función de los intereses antes descriptos, tuvo como resultado una serie de transformaciones que –señala Ospina Morales (2019)- al desestructurar el orden tribal de la sociedad saharauí, generaron las condiciones para el nacimiento de la idea de nación saharauí. El más importante de estos cambios fue la progresiva sedentarización de la población: el desarrollo de la explotación de fosfatos dio origen a una incipiente clase trabajadora, que se asentó en pequeños poblados con –entre otros noveles beneficios- mayores facilidades para el acceso a la educación. Asimismo, emerge con fuerza una juventud -formada en muchos casos en universidades de las capitales de los países de la región- influenciada por las ideas del panarabismo del egipcio Nasser y por el triunfo de la guerra de emancipación argelina contra Francia.

A fines de la década de 1960, el fuerte ascenso de esa conciencia nacional saharauí comienza a catalizar en estructuras organizativas orientadas a darle cauce político. En 1967 se funda la Organización Avanzada para la Liberación del Sahara (OALS) fundado por Mohamed Bachir Uld Sidi Is, alias "Basiri". Una manifestación organizada por el gobernador militar del territorio en junio de 1970 en la capital El Aaiún, con la intención de mostrar –de cara a las negociaciones internacionales- un supuesto apoyo saharauí a España, generaría la reacción de cientos de jóvenes estudiantes en el barrio de Jatarrambla, movilizados bajo consignas independentistas y anti españolas. La represión gubernamental culminaría con muertos, heridos, y varios detenidos pertenecientes a la

OALS, que además sufrió la desaparición de su líder Mohamed Bachir Uld Sidi Is. (Ruiz Miguel, 1995, p.87).

Los años subsiguientes fueron años de reagrupamiento y formación de pequeños grupos nacionalistas saharauis, fundamentalmente en ciudades como Tantán, Zuerat, y Rabat. Fue allí, en la capital marroquí, donde en 1971 nació un núcleo estudiantil universitario que -liderado por El Uali Mustafa Sayed- promovería hacia 1972 encuentros entre distintos grupos saharauis desperdigados entre Marruecos, Mauritania, Argelia y el Sahara Occidental. De la síntesis arribada entre los mismos habría de formarse el 10 de mayo de 1973 el Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro, o Frente Polisario, cuyos objetivos principales serían -en adelante- la independencia del Sahara Occidental y la construcción de un Estado saharauí independiente.

Ya desde su manifiesto fundacional, el Frente Polisario promovía la lucha armada como herramienta para el logro de esos objetivos:

Una vez comprobado que el colonialismo quiere mantener su dominación sobre nuestro pueblo árabe, intentando aniquilarlo por la ignorancia, la miseria, así como por su separación del Magreb árabe y de la Nación árabe. Ante el fracaso de todos los métodos pacíficos utilizados, tanto por los movimientos espontáneos como por las organizaciones impuestas u otros círculos, el Frente Popular de Liberación de Saguía El Hamra y Río de Oro, nace como la expresión única de las masas, que opta por la violencia revolucionaria y la lucha armada como medio, para que el pueblo saharauí, árabe y africano pueda gozar de su libertad total y enfrentar las maniobras del colonialismo español. Parte integrante de la revolución árabe, apoya la lucha de los pueblos contra el colonialismo, el racismo y el imperialismo y condena a éstos por su tendencia a poner a los pueblos árabes bajo su dominación ya sea mediante el colonialismo directo o bien por el bloqueo económico. Considera que la cooperación con la Revolución Popular Argelina, en una etapa transitoria, constituye un elemento esencial para enfrentar las maniobras urdidas contra el Tercer Mundo. Invitamos a todos los pueblos en lucha a unirse para enfrentar al enemigo común. ¡Con el fusil arrebataremos la libertad! (Manifiesto fundacional del Frente Polisario, 1973).

Diez días después de su fundación, el 20 de mayo de 1973, el Frente Polisario desarrolla su primera acción armada contra el ejército español, dando inicio así al funcionamiento del Ejército de Liberación Popular Saharaui (su brazo armado), con un ataque al puesto militar fronterizo de Janguet Quesat, ubicado a cinco kilómetros de Marruecos.

Los años siguientes, y hasta la retirada de España en febrero de 1976, el Polisario encabezará una guerra de guerrillas en el desierto contra el ocupante español, acompañada de acciones de sabotaje, manifestaciones y protestas en distintos puntos del territorio. Sin embargo, y aunque el análisis de las acciones de combate enmarcadas en el conflicto por el control del Sahara Occidental será objeto de otro capítulo de este trabajo, podemos si afirmar que el impacto del accionar del Frente Polisario durante el período será limitado: Ruiz Miguel (1995, p.90) detalla 19 operaciones militares (incluyendo ataques a patrullas y puestos españoles, sabotajes y secuestros), con 8 bajas en las filas de las fuerzas de ocupación colonial, y las describe como “escaramuzas” de “escasa entidad”.

Lo cierto es que por entonces Marruecos representaba un riesgo más grande que el Frente Polisario para la continuidad española en el Sahara Occidental. Si bien la monarquía alauita había reivindicado desde antaño aquellos territorios como parte del Gran Marruecos, la difícil situación interna que atravesaba el régimen conducido por Hassan II a principios de la década de 1970 (con reclamos sociales extendidos y dos intentos de golpes de Estado abortados no sin dificultades) hizo que la idea del enemigo externo se presentara como una oportunidad para desviar la atención de la población en general, y de su ejército en particular, ofreciéndole un objetivo encuadrado dentro de las aspiraciones históricas de su nación. Como expresión de ese impulso, cuando en 1972 la Organización para la Unidad Africana, reunida en Rabat, solicita a España que proceda a descolonizar el territorio en cuestión, en aplicación de las resoluciones de la ONU, el anfitrión Hassan II afirma en la conferencia de prensa posterior, con tono amenazante:

Si España decide continuar en el Sahara, se producirá un efecto de rechazo, ya que Marruecos no puede admitir un enclave colonial en el Sur. Si España decide retirarse y erigir un *Estado artificial*,...esto sería grave para Marruecos, para Argelia, para Mauritania e incluso para las Islas Canarias, situadas frente al Sahara y de estratégica importancia para España, y tampoco garantizaría las inversiones españolas en el territorio. (Citado en: Algueró Cuervo, 2006, p.120).

Entre abril y mayo de 1974 se produciría la movilización del Cuerpo Expedicionario marroquí a la provincia de Tarfaya (antigua zona sur del protectorado español), y a fines del mismo año la organización de un Frente de Liberación y Unidad del Sahara (FLU), que habría de operar militarmente contra la ocupación española en el Sahara Occidental, con uniformes, armamentos y tácticas similares a la del Frente Polisario, pero con un objetivo distinto: lograr la anexión de aquellos territorios a Marruecos. (Fuente Cobo y Mariño Menéndez, 2006, p.41).

La guerra a dos frentes sostenida por las tropas españolas en el terreno, sumado al creciente despliegue diplomático marroquí, las crecientes aspiraciones autonomistas saharauis (expresadas incluso por la Yemaa, el parlamento local otrora controlado por las autoridades coloniales), y la presión de la ONU (que había aprobado el 14 de diciembre de 1973 la resolución 3162, en la que pedía a Madrid la celebración de un referéndum en el Sahara) contribuirán a que en 1974 se produjera un desplazamiento de la intransigencia “integracionista” originaria del gobierno de Franco en torno a la cuestión, hacia una postura más “autonómica”. (Algueró Cuervo, 2006, p.123). Si hasta entonces la hoja de ruta española había consistido exclusivamente en dilatar la descolonización, durante esta etapa sería la de otorgar un estatuto de autonomía, en la que –en principio– las decisiones tomadas por los nativos, deberían ser refrendadas por las autoridades coloniales:

El Jefe del Estado, Franco, anunció un Estatuto para el territorio del Sahara, que fue sometido a la consideración de la Yemaa a primeros de julio de 1974. El Estatuto pretendía frenar las acciones hostiles a España por los saharauis a la vez que encaminar al Sahara hacia su independencia. La Yemaa aprobó por unánime aclamación de sus 102 miembros este Estatuto que, con las instituciones de plena autonomía que contemplaba (incluso un Consejo de Gobierno propio) y las previsiones para alcanzar en un plazo inmediato la independencia, iba a constituir la Carta Magna jamás soñada. (Ruiz Miguel, 1995, p.91).

Sin embargo, aquella promesa del régimen franquista no habría de cumplirse, producto de las presiones de una corona marroquí lanzada a obstaculizar cualquier intento –por más tibio que fuera- de autonomización del Sahara Occidental. Esto quedaría más claro aún luego de que el gobierno español, en una carta dirigida al secretario general de la ONU el 20 de agosto de 1974, anunciara su intención de allanarse a la resolución 3162 del organismo, celebrando un referéndum de consulta a la población nativa del Sahara Occidental en el transcurso del primer semestre de 1975. Marruecos quedaría entonces en una situación incómoda, en la medida que aunque la centralidad de su estrategia en los foros internacionales había consistido hasta el momento en votar en reiteradas ocasiones las resoluciones de la ONU exigiendo la autodeterminación del Sahara mediante un referéndum, el gobierno de Rabat consideraba por entonces que su realización podía o bien favorecer a España (debido a la presión ejercida por sus tropas y funcionarios presentes en el territorio en disputa) o eventualmente al Frente Polisario, debido a la creciente adhesión que venía cosechando en la población saharauí. (Algueró Cuervo, 2006, p.144).

Frente a la respuesta hostil de Marruecos y Mauritania, con fecha 13 de diciembre de 1974 la Asamblea General de la ONU finalmente adoptó –a propuesta del gobierno de Hassan II- la Resolución 3292 (XXIX), en la que exponía la dificultad de definir cuál era el estatuto jurídico internacional del territorio del Sahara Occidental previo a la colonización española, y –por consiguiente- solicitaba al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya una opinión consultiva centrada en dos interrogantes: "¿Era el Sáhara Occidental (Río de Oro y Saldet El Hamra) en el momento de su colonización por España un territorio sin dueño (terra nullius)?", y "¿Qué vínculos jurídicos existían entre dicho territorio y el Reino de Marruecos y el complejo mauritano?". (Tribunal Internacional de Justicia de la Haya. Caso relativo al Sahara Occidental. Opinión consultiva de 16 de octubre de 1975).

Con fecha 16 de octubre de 1975, el Tribunal Internacional de Justicia de la Haya dictaminó con respecto al primero de los interrogantes:

- a) Que en el momento de su colonización el Sáhara Occidental estaba habitado por pueblos que, aunque eran nómadas, estaban organizados social y políticamente en tribus y tenían jefes competentes para representarlos;
- b) Que España no actuó sobre la base de establecer su soberanía sobre terra nullius: por eso, en su decreto de 26 de diciembre de 1884, el Rey de España proclamó que estaba tomando el Río de Oro bajo su protección sobre la base de acuerdos concertados con los jefes de las tribus locales.

Con respecto al segundo interrogante, la opinión del Tribunal Internacional de Justicia quedó expresada en el penúltimo párrafo del dictamen:

Los elementos e informaciones puestos en conocimiento de la Corte indican que en el momento de la colonización española existían vínculos jurídicos de subordinación entre el Sultán de Marruecos y ciertas tribus que vivían en el

territorio del Sáhara Occidental. Indican además la existencia de derechos, incluidos ciertos derechos sobre la tierra, que constituían vínculos jurídicos entre el complejo mauritano, en el sentido en que lo entiende la Corte, y el territorio del Sáhara Occidental. En cambio, la Corte llegó a la conclusión de que los elementos e informaciones puestos a su disposición no demostraban la existencia de ningún vínculo de soberanía territorial entre el territorio del Sáhara Occidental, por una parte, y el Reino de Marruecos o el complejo mauritano, por la otra. Por lo tanto, la Corte no comprobó que existieran vínculos jurídicos capaces de modificar la aplicación de la resolución 1514 (XV) en lo que se refiere a la descolonización del Sáhara Occidental y, en particular, a la aplicación del principio de la libre determinación mediante la expresión libre y auténtica de la voluntad de las poblaciones del territorio.

A pesar de la contundencia de la opinión consultiva brindada por el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, que afirmaba la inexistencia de vínculos de soberanía territorial del Sahara Occidental con Marruecos y con Mauritania al momento de la ocupación española, la primera frase de aquel penúltimo párrafo del dictamen (que señalaba los “vínculos jurídicos de subordinación” entre el Sultán de Marruecos y “ciertas tribus que vivían en el territorio del Sáhara Occidental”) fue utilizada por Hassan II para –ocultamiento del resto de texto mediante- anunciar en una conferencia emitida por la radio y la televisión marroquí el mismo 16 de octubre, que el tribunal le había dado la razón a Marruecos en sus reclamos. “No nos queda más que recuperar nuestro Sáhara, cuyas puertas se nos han abierto”, afirmó el monarca, para acto seguido convocar a una marcha civil con 350 mil voluntarios –armados exclusivamente con el Corán- sobre el territorio en disputa. (Diego Aguirre, 1991, p. 112).

La Marcha Verde de los primeros días de noviembre de 1975 sería entonces la maniobra orquestada por Hassan II, un monarca empujado por la conflictividad interna de su país y acorralado por el dictamen del Tribunal Internacional de Justicia, pero también por las definiciones de la ONU. La ya citada resolución 3292, que había solicitado la opinión consultiva a La Haya, también había requerido al Comité de Descolonización la organización de una misión de visita al Sahara, con el objetivo de conocer su situación, y a los países de la región. El informe de la misión se haría público el 13 de octubre de 1975, unos días antes que el dictamen del Tribunal de La Haya, y llegaría a la misma conclusión que aquel: “(...) la Asamblea General debe adoptar medidas para que esos pueblos puedan decidir su porvenir en completa libertad y en un ambiente de paz y seguridad, de conformidad con las disposiciones de la resolución 1514 y las resoluciones pertinentes (...) relativas a la cuestión”. (Citado en: Algueró Cuervo, 2006, p.162).

La respuesta del gobierno de Rabat fue, como señalamos, la movilización de cientos de miles de civiles marroquíes, para encubrir una invasión militar que se proponía evitar que la presión internacional (consolidada gracias al documento de la misión visitadora de la ONU y la opinión consultiva de La Haya), y la inminente retirada de una España sumida en la incertidumbre debido a la agonía de Francisco Franco, derivara en la concreción de una salida independiente para los saharauis. Para ello Marruecos contó con el decidido apoyo de los EEUU, de Francia y de las monarquías conservadoras del Golfo Pérsico

(Suárez Saponaro, 2016), que –por distintas razones- veían en un eventual triunfo del Frente Polisario un enorme riesgo.¹

Mientras se desarrollaba aquella ofensiva marroquí, el príncipe Juan Carlos de Borbón (a cargo de la Jefatura del Estado español desde el 30 de octubre, debido a lo irreversible del estado de salud de Franco) desembarcaba en El Aaiún, y el 2 de noviembre pronunciaba un discurso en el que afirmaba que era obligación de España defender el derecho de los saharauis a decidir sobre su destino. Diez días después –previa retirada de la Marcha Verde marroquí del Sahara- comenzaban las negociaciones entre España, Marruecos y Mauritania, que desembocarían el 14 de noviembre en la firma de los llamados “Acuerdos de Madrid”, cuyo texto habría de desmentir la promesa del príncipe Juan Carlos.

En el marco de los “Acuerdos de Madrid”, España se comprometía a abandonar definitivamente el llamado Sahara Español el 28 de febrero de 1976, que quedaría dividido en dos territorios, el norte administrado por Marruecos y el sur por Mauritania. Se comenzaba a galvanizar así una salida que no habría de incluir el derecho de autodeterminación del pueblo saharauí entre sus premisas. No resulta casual entonces que dos textos que revisan el período en cuestión, de autores afines a los planteos independentistas de los saharauis, incluyan en sus títulos la palabra “traición”: “Historia del Sahara Español. La verdad de una traición.” de José Ramón Diego Aguirre (1988), y “Agonía, traición, huida: el final del Sahara Español.” de José Luis Rodríguez Jiménez (2017). Así fue percibida la retirada española de marzo de 1976 -con Marruecos y Mauritania como únicos beneficiarios- por los saharauis (al menos por aquellos que apoyaban las aspiraciones independentistas del Frente Polisario), y por no pocos españoles, comenzando por los colonos, que debieron emigrar intempestivamente –y contra su voluntad- a la metrópolis.

Más allá del debate sobre la legalidad de los “Acuerdos de Madrid” -la obra del jurista Carlos Ruiz Miguel (1995) expone un extenso listado de argumentos que le permite definirlos como absolutamente nulos-, lo cierto es que tuvo resultados operativos concretos en el corto plazo:

El 28 de febrero de 1976, a las 11 de la mañana se arrió por vez última la bandera española en la azotea del Gobierno General del Sahara, izándose a continuación la marroquí. Esa misma noche en el DC-9 de Iberia Ciudad de Vigo, salían de El Aaiun los últimos militares y funcionarios españoles, dando por concluido un periodo de la historia de este territorio africano que había durado algo más de 90 años. En las arrogantes palabras que en su despedida les había dirigido el coronel Dlimi, jefe de las FAR marroquíes de ocupación, había expresado su firme compromiso de “acabar con el problema del polsario antes de tres meses”. La realidad se iba a mostrar muy diferente. (Fuente Cobo y Mariño Menéndez, 2006, p.60).

¹ Ya volveremos sobre este aspecto cuando encuadremos el desarrollo del conflicto en el marco de las contradicciones de la Guerra Fría.

Guerra en el Sáhara (1975-1991).

Ya desde los últimos meses de 1975, en coincidencia con la ofensiva marroquí y la progresiva retirada de España, el conflicto armado comienza a desplegarse en el territorio del Sahara, con características que luego habrían de persistir en el tiempo: éxodo de la población nativa desde los centros urbanos al interior y a los países limítrofes, radicación de campamentos saharauis al sur de Tinduf (Argelia) y en zonas libres de la ocupación marroquí o mauritana², afianzamiento y ampliación del Frente Polisario (incluyendo la incorporación de efectivos saharauis que hasta entonces habían revistado en el ejército español)³.

En ese marco Marruecos comienza a utilizar los bombardeos con napalm y fósforo blanco a los campamentos de refugiados como práctica extendida, y –tal como reconoció años después el general Gómez Salazar, gobernador español del Sahara- los abusos sistemáticos contra la población civil (no combatiente): “Sí, tuve conocimiento de las torturas, robos y allanamientos de morada que el Ejército marroquí realizó durante la administración tripartita”. (Declaración en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados de España, marzo de 1978, citada en: Suárez Saponaro, 2016, p.57).

En ese escenario, el 27 de febrero de 1976 (un día después de la retirada española del Sahara Occidental), el Frente Polisario declara la independencia y proclama constituida y soberana la República Árabe Saharaui Democrática (en adelante RASD), desde el campamento de Bir Lehlu, ubicado a 130 kilómetros de la frontera argelina. En su proclama fundacional, la RASD define la “constitución de un Estado libre, independiente y soberano”, regido por “un sistema nacional democrático, árabe de tendencia unionista, de confesionalidad islámica, progresista”, que adquiere como forma de régimen “el de la República Árabe Saharaui Democrática”, y –además de expresar su “respeto a los tratados y los compromisos internacionales”- enuncia su adhesión “a la Carta de la ONU”, “a la Carta de la Organización de Unidad Africana, reafirmando su adhesión a la Declaración Universal de los Derechos Humanos”, y “a la Carta de la Liga Árabe”. (Carta de Proclamación de la Independencia de la República Árabe Saharaui Democrática, 27 de Febrero de 1976).

Es, entonces, la invasión marroquí-mauritana la que termina aglutinando a los saharauis, y la que va a impulsarlos a poner en marcha un nuevo Estado:

Con la constitución de la RASD y la formación de su primer Gobierno, los nacionalistas saharauis agrupados en torno al Frente Polisario manifestaban su

² Al sur y al este de Tinduf, zona en la que previo a la retirada española ya se hallaban asentados 5 mil exiliados saharauis, el Polisario va a organizar campamentos que en marzo de 1976 van a alcanzar las 45 mil personas, mayormente mujeres y niños.

³ Diego Aguirre (1991), Fuente Cobo y Mariño Menéndez (2006) y Algueró Cuervo (2006), entre otros, reseñan con precisión aquel proceso.

propósito de recuperar el protagonismo que España, Marruecos y Mauritania les habían negado al firmar a sus espaldas los acuerdos de Madrid. (Algueró Cuervo, 2006, p.262).

A las pocas horas de constituida la RASD, Madagascar se va a convertir en el primer país en reconocer al nuevo Estado, seguido por Burundi, Argelia, Benin, Angola y Mozambique. El reconocimiento argelino va a profundizar las divisiones al seno del Magreb, ya evidenciadas tras las firmas de los Acuerdos de Madrid, y va a derivar en la ruptura de las relaciones diplomáticas de Marruecos y Mauritania con Argel.

Desde el principio del conflicto la prioridad del Polisario fue dirigir el grueso de su accionar armado sobre el frente mauritano, a todas luces el más débil: el ejército de Mauritania contaba con dos mil efectivos en 1975. Luego de una campaña de reclutamiento entre la población negra del sur del país (históricamente enfrentada con los habitantes del norte de Mauritania, afines a los saharauis), llegaría a no más de quince mil en 1976. (Ruiz Miguel, 1995, p. 130).

Los ataques saharauis iban desde aquellas que apuntaban a los centros neurálgicos de la institucionalidad mauritana (particularmente a su capital Nuakchot, que fue objeto durante el verano de 1976 de una osada acción que culminó con la muerte en combate del líder polsario El Uali Mustafa Sayed), hasta a aquellos dirigidos a asfixiar su economía, como los asaltos a las instalaciones mineras de Zuerat o al tren minero que comunicaba Zuerat con Nuadibú, que alcanzaron cierto éxito: las ventas de hierro de Mauritania fue de 8,4 millones toneladas en 1977, tres toneladas menos que en 1974, y la capacidad de transporte del tren minero se redujo en 1977 entre un 60 y un 70%. (Algueró Cuervo, 2006, p.303).

El objetivo del Frente Polisario era desestabilizar el régimen de Uld Dadá, y forzar un cambio que llevara a Mauritania a retirarse de la contienda. La firma de un acuerdo de defensa mutua marroquí mauritana en mayo de 1977 (que llevó al desembarco de nueve mil soldados marroquíes en territorio mauritano), y la intervención directa de la aviación francesa en acciones de combate en apoyo a Mauritania, si bien le permitieron alcanzar algunos éxitos militares a este último país, solo lograron postergar el triunfo saharauí por un tiempo. El 10 de julio de 1978 el presidente Uld Dadá es destituido por un golpe de Estado dirigido por el teniente coronel Uld Salek, cuyo objetivo central es el de sacar a Mauritania de la guerra en el Sahara. En agosto del año siguiente Mauritania y el Frente Polisario llegarían a un acuerdo de paz, en el que el primero va a reconocer al segundo como representante legítimo del pueblo saharauí, y a renunciar a la porción del Sahara Occidental que administraba desde los Acuerdos de Madrid. Frente a ello, algunos días después, la corona marroquí decide anexionarse ese territorio.

Ante esta decisión unilateral del gobierno de Rabat, la Asamblea General de Naciones Unidas va a emitir la resolución 3437 de noviembre de 1979, en la que va a reafirmar “el derecho inalienable del pueblo del Sáhara Occidental a la libre determinación y a la independencia”, y a expresar su beneplácito por “el acuerdo de paz concertado entre Mauritania y el Frente Popular para la Liberación de Saguia el-Hmra y de Río de Oro” (al que va a reconocer como representante legítimo del pueblo del Sahara Occidental),

además de deplorar “profundamente” el agravamiento de la situación “como consecuencia de la persistente ocupación del Sáhara Occidental por Marruecos y de la ampliación de esa ocupación al territorio recientemente evacuado por Mauritania”. Asimismo, en aquel documento la ONU “*pide encarecidamente* a Marruecos que participe también en la dinámica de paz y ponga fin a la ocupación del Territorio del Sáhara Occidental”. (Resolución 3437 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, Cuestión del Sahara Occidental).

Comienza entonces la etapa del conflicto por el Sahara Occidental que va a enfrentar exclusivamente a Marruecos con el Frente Polisario. Sin embargo, es necesario señalar que —en el marco de la Guerra Fría— las potencias mundiales no van a ser ajenas a la conflagración desarrollada en el desierto del Sahara.

Previo al conflicto, EEUU había sostenido históricamente buenas relaciones con Marruecos, uno de los primeros países en reconocer su independencia. Tras la promesa de Roosevelt a Mohamed V en 1943, de que apoyaría a Marruecos a recobrar su independencia, y una vez obtenida la misma, este pasaría a ser el país africano que más aportes económicos iba a recibir de los EEUU, luego de la Etiopía de Haile Selassie. Con esos antecedentes, cuando la voluntad española de retirarse del Sahara se hizo explícita, EEUU abrazó decididamente a Marruecos: un eventual triunfo del Polisario -evaluaban en Washington- derivaría en la construcción de un Estado satélite de Argelia, aliado regional de la URSS. Un dato elocuente: entre ventas directas e indirectas (vía Irán y Jordania, entre otros países), los EEUU se van a convertir en 1975 y 1976 en el segundo proveedor de armamento de Marruecos, después de Francia. (Algueró Cuervo, 2006, p.307).

Cuando el 10 de diciembre de 1975, la Asamblea General de la ONU vota las resoluciones 3458A (que pedía un referéndum de autodeterminación en el Sahara Occidental) y 3458B (que -impulsada por Marruecos- “blanqueaba” los Acuerdos de Madrid), EEUU se va a abstener en la primera y va a apoyar la segunda, formalizando un alineamiento que se habría de sostener en el tiempo. Ya en los meses previos Henry Kissinger había hecho declaraciones públicas afirmando que el Sahara debía pasar a manos de Marruecos, y había “habilitado” tras bambalinas la Marcha Verde marroquí: “con un mensaje cifrado enviado el 21 de agosto desde la embajada norteamericana en Beirut donde se encontraba, a Rabat, Washington habría dado luz verde al proyecto de la Marcha Verde” (Fuente Cobo y Mariño Menéndez, 2006, p.50). Suárez Saponaro (2016), afirma que aquel apoyo explícito a la operación fundacional de la ocupación del Sahara Occidental por parte de la monarquía marroquí, se extendió también a la prohibición a España de la utilización de las armas de factura norteamericana en caso de que entrara en guerra con Marruecos. Autores como Criado (1977) o Bárbulo (2002) sugieren una participación mucho más activa de los EEUU en aquel acontecimiento. Tal es así que el primero afirma que Kissinger y los asesores norteamericanos tuvieron un rol central en la planificación de una operación que requirió siete mil ochocientos camiones, diez mil mandos encuadrando a 350 mil voluntarios, 17 mil toneladas de alimentos, 23 mil litros de agua y 2.500 litros de carburantes.

Diego Aguirre (1991), en su obra más general sobre el conflicto, y Garí (2021), en un estudio reciente específicamente orientado a investigar la intervención estadounidense en

la guerra del Sahara Occidental, ofrecen miradas integrales del rol jugado por los EEUU en la conflagración.

En su ya clásica obra de 1991, el militar e historiador español Juan Ramón Diego Aguirre, cuantifica la ayuda norteamericana a Marruecos a lo largo de todo el conflicto, y detalla una estrecha relación fundada en la alarma estadounidense frente al posible nacimiento de un Estado pro-soviético en la región, aunque con límites impuestos por las fluidas relaciones económicas entre los EEUU y Argelia: desde 1976 el primero había sustituido a Francia como principal socio comercial del segundo (p.210).

Atento a esta situación, cuando Carter llega al poder -en enero de 1977- se impone en los EEUU una mirada que propone la mejora de las relaciones políticas con Argelia, por entonces actor de gran influencia entre los países no alineados. Aquella lectura influiría, por ejemplo, en la negativa de la administración demócrata de venderle en 1978 a Marruecos 24 aviones de reconocimiento antiguerrilla OV10 y 24 helicópteros de combate Cobra. Sin embargo, el acuerdo de paz entre el Frente Polisario y Mauritania, y -fundamentalmente- la caída del Sha en Irán, van a reordenar el escenario internacional, exigiendo a los EEUU un viraje obligado con el fin de reafirmar sus lazos con sus aliados tradicionales en la región: durante la segunda mitad de la administración Carter se va a reestablecer un flujo importante de armas hacia marruecos. La evolución de la venta de armas de un país al otro por aquellos años registra esas fluctuaciones: medidos en millones de dólares, en 1974 fue de 8,2, en 1975 de 219, en 1976 de 95,6, en 1977 de 27,5, en 1978 de 6,9, en 1979 de 2,8, y en 1980 de 266. (Diego Aguirre, 1993, p.211).

Será la administración Reagan, sin embargo, la que va a establecer un apoyo decidido y sin cortapisas a la monarquía de Hassan II en su lucha contra el Polisario. A las visitas -durante el transcurso de 1981- del general Vernon Walters, colaborador presidencial, y de Francis West, secretario adjunto de Defensa, con el objetivo de expresar el acompañamiento norteamericano al gobierno de Rabat, se le va a sumar el desembarco durante los primeros meses de 1982 de 25 especialistas estadounidenses en lucha contrainsurgente, destinados al adiestramiento de tropas locales. En números, expone Diego Aguirre, *“la ayuda militar norteamericana pasaba de 30 millones de dólares en 1982 a 100 millones en 1983 y los militares marroquíes que recibían instrucción especial en EEUU de 168 aumentaban a 514”* (p.216).

Garí (2021) encuentra en la llegada de Reagan al poder en los EEUU -y en su involucramiento decidido en la guerra del Sahara Occidental- el verdadero quiebre en el rumbo de un conflicto en el que, hasta ese momento, el Frente Polisario había mantenido una muy clara ventaja militar y estratégica sobre el Reino de Marruecos. El investigador encuentra tres razones centrales que explican el aumento del apoyo de la administración Reagan a la monarquía alauita. La primera de orden interno, fundada en la necesidad del nuevo gobierno de diferenciarse de la “política timorata de Carter en el exterior”; la segunda ligada a las consecuencias de la revolución de los ayatolas en Irán, que introdujo la necesidad de consolidar la alianza occidental con Marruecos; y la tercera inscrita en el marco de la Guerra Fría, en tanto la URSS tenía fuertes intereses en el norte de África y contaba con un aliado -Argelia- con gran prestigio en los foros internacionales y entre los países no alineados: *“EEUU temía que un futuro Estado saharauí cayese en manos de Moscú y, en su visión de suma cero, estaba dispuesto a impedirlo”*. (Garí, 2021, p.257).

Ruiz Miguel (1995) también le otorga especial importancia a este último factor para explicar el progresivo involucramiento estadounidense, a partir de la fuerte influencia de las tesis (que el autor define como “maniqueas”) para las que la apuesta segura frente a una eventual independencia del Sahara (con un gobierno como el de Argelia -al que consideraban “filocomunista”- acechando) era la de Marruecos (p.100).

Suárez Saponaro (2016, p.51) señala que aquellas lecturas era infundadas, en la medida de que la relación estrecha del Frente Polisario con Libia y con Argelia (sus aliados regionales), no se trasladaban a un acuerdo con la Unión Soviética, que de hecho no apoyaba la causa saharauí, habida cuenta de sus aceitadas relaciones comerciales con Marruecos. La instalación en occidente del carácter pro soviético del Frente Polisario, va a ser más bien el resultado exitoso –va a afirmar Suárez Saponaro- de una operación discursiva de Hassan II construida desde los albores de la Marcha Verde, con el objetivo de granjearse el apoyo de las potencias occidentales y de las monarquías conservadoras de la región (p.52).

Desde un perspectiva opuesta, Agozino (2010) inscribe al Polisario dentro de los “movimientos radicalizados que incentivados por la Unión Soviética, comienza a agitar las banderas de la liberación nacional” desde mediados de la década del 50 en adelante (p.27). Para sostener esta perspectiva el autor desgana una serie de intervenciones de Nikita Khrushchev (desde el célebre discurso sobre la “coexistencia pacífica” -enunciado en 1956 en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética- en adelante) que muestran un viraje de la tradicional noción de división del mundo en dos campos (el capitalista y el socialista), a una en la que emerge un Tercer Mundo, con los “no alineados” como protagonistas (p.28). En ese marco, señala, el Frente Polisario, que originariamente era un movimiento anticolonial que “tenía por intención restaurar la soberanía marroquí sobre el territorio saharauí”, se habría transformado en un “movimiento separatista de ideología marxista leninista” por influjo de Libia, Argelia y –por supuesto- de la URSS (p.32). En este punto es importante señalar que Agozino defiende la posición de Marruecos, justificando su soberanía sobre el Sahara Occidental no sólo por razones históricas, sino también por considerarla como garante de estabilidad del norte de África. Es así como caracteriza a la República Árabe Saharaui Democrática como “una entelequia”, no reconoce en el Frente Polisario al legítimo representante del pueblo saharauí, y lo define como un grupo terrorista de “ideología totalitaria” (p.79).

Goytisolo (1979), por su parte, ha sostenido la tesis de que el Frente Polisario fue una creación de Argelia para ponerle un freno al expansionismo marroquí, y darle un cauce al propio (p.41). Esa lectura fue impugnada por Diego Aguirre (1988), que afirma que el compromiso de Argelia con el Polisario no se hizo efectivo hasta principios de 1975 (p.674). Por su parte, Ruiz Miguel (1995) más que motivaciones ideológicas, encuentra en el apoyo argelino a la causa saharauí razones de orden defensivo: *“si el Sahara fuera marroquí, para Argelia resultaría (y resulta) extraordinariamente peligrosa la presencia del Ejército marroquí (que ya intentó invadir Argelia en 1963) a solo 50 km de Tinduf a través de una amplia llanura en lugar de tener que atravesar las cadenas montañosas que encuadran el valle del Draa”* (p.84).

Más allá de las motivaciones para el involucramiento de distintos actores regionales e internacionales en la contienda, y si efectivamente existió o fue más bien un fantasma

construido (con fines propagandísticos o de legitimación) por parte de alguno de los actores en pugna, lo cierto es que –tal como plantean Fuente Cobo y Mariño Fernández (2006)- el programa panárabe del Frente Polisario, inspirado en los modelos en auge por aquellos años en la región (la Argelia de Bumedian, el Egipto de Nasser y la Libia de Gadafi), *“le acarrearía graves consecuencias en el momento de la independencia y en los años siguientes, dado que ningún gobierno occidental estaría dispuesto, en esos años de guerra fría, a apoyar a un nuevo Estado tan aparentemente hostil al modelo político occidental”* (p.33).

Es posible, como plantea Garí (2021), dividir la guerra del Sahara Occidental en dos etapas: una que llega hasta 1981, en la que el Frente Polisario fue ganando la contienda de manera clara, y otra –a partir de allí, y hasta el cese al fuego de 1991- en el que Marruecos va a revertir esa situación. El punto de quiebre va a ser, precisamente, el apoyo decidido de los EEUU desde la administración Reagan en adelante:

Los norteamericanos financiaron y asesoraron a la monarquía de Marruecos en un momento cumbre de la fase final de la guerra fría. El diseño de la estrategia defensiva de los muros, la utilización de la aviación y armamento sofisticado que los norteamericanos aportaron a Marruecos terminó expulsando al Frente Polisario del 85% del territorio que hasta entonces estaba bajo su control. El Polisario se tuvo que refugiar de manera permanente en los campos de Tinduf perdiendo la iniciativa en la guerra. (p.259)

El comienzo de la década del '80 se había caracterizado en el plano militar por grandes y largas batallas, tanto en el Sahara Occidental como en el sur del mismo Marruecos, por medio de las que el Polisario había ido obteniendo cierta ventaja táctica sobre las Fuerzas Armadas Reales. Sin embargo, Marruecos avanzaría entre 1980 y 1987 con la construcción de seis muros defensivos de casi 3 mil kilómetros, cuyo emplazamiento va a permitir ponerle un freno a las incursiones del Frente Polisario tanto en el territorio del Sahara Occidental como en el marroquí (Anexo 3). Si bien ampliaremos en torno a los pormenores del desarrollo de la guerra en el plano militar en próximos capítulos, alcanza con señalar aquí que “la batalla de los muros” le permitió a la monarquía alauita recuperar terreno en la contienda, aunque esto no llevó a la resolución de la misma, sino más bien a un empantanamiento:

En 1988, tanto el Frente Polisario como las Fuerzas Armadas Reales, estaban agotados después de tantos años de guerra ininterrumpida en el desierto, y llegaron al convencimiento de que no era posible obtener una victoria militar decisiva sobre el otro adversario. Se había llegado a lo que podríamos definir como “un empate militar”, lo que parecía indicar que se abría la posibilidad de llegar por vías pacíficas a una paz duradera. (Fuente Cobo, 2011, p.10).

Ese proceso de negociación va a culminar –provisoriamente- en 1991, con un cese al fuego entre las partes auspiciado por la ONU, con el compromiso de realizar un referéndum de autodeterminación en el Sahara Occidental. A tal efecto, el organismo internacional dispuso el envío de una fuerza de paz conocida como Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental (MINURSO). Sin embargo

a la fecha el referéndum no se realizó, y el alto al fuego fue roto en noviembre de 2020, abriendo una nueva etapa del conflicto, aún en desarrollo.

Conclusiones del capítulo I.

La precipitada salida de España del Sahara Occidental, y la cesión de su administración a Marruecos y a Mauritania –formalizada en los “Acuerdos de Madrid”-, se produjeron en contra de los intereses de la ONU, cuyos planes incluían la celebración de un referéndum para consultar a la población nativa sobre la posibilidad de avanzar en un proceso independentista. Vale decir entonces, que en el origen de la guerra por el Sahara Occidental se encuentra lo que diversos autores (Diego Aguirre, 1988; Rodríguez Jiménez, 2017) han caracterizado como la “traición” de la hasta entonces potencia ocupante, España, a las aspiraciones autonomistas de los saharauis, convenientemente canalizadas por Madrid en la última etapa de la ocupación bajo nuevas formas de gestión del enclave colonial, como –por ejemplo- su conversión en provincia.

Si el abandono español redundó, en términos operativos concretos, en un espaldarazo a las pretensiones marroquíes y mauritanas sobre el Sahara Occidental, hay que decir que este gesto va a inaugurar -a manera de marca en el orillo- lo que va a ser una constante de la guerra que se habría de desarrollar en adelante: el apoyo de las potencias occidentales a los enemigos del Frente Polisario. Especialmente interesados en apuntalar a Marruecos, una pieza clave en el norte de África, para que no cayera bajo la órbita soviética, los EEUU y Francia van a aportar recursos económicos, pertrechos militares e incluso en ocasiones intervenciones directas, en apoyo a la corona alauita. Tal es así que, incluso, como hemos visto en este capítulo, y desarrollaremos con mayor amplitud en el tercero, es posible establecer una relación directa entre la profundización del involucramiento norteamericano en el conflicto, y el cambio de rumbo de la guerra en favor de Marruecos. Habrá otros países de la región, como Israel, Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes, que también van a acompañar a Rabat en distintas etapas del conflicto.

Los apoyos del Frente Polisario, en cambio, serán mucho más escasos y de menor volumen. El principal será Argelia que, tradicionalmente enfrentado a Marruecos, y urgido tanto por la necesidad de alejar a las tropas de la corona alauita de sus fronteras como de acceder al Atlántico, va a encontrar en la creación de un Estado saharauí una posibilidad de cumplir con esos objetivos. Sumado a ello, las coincidencias político ideológicas del Frente de Liberación Argelino y del Frente Polisario, ambas fuerzas nacidas bajo el signo del nacionalismo panárabe, explican la mutuas relaciones, que se van a traducir en un apoyo sostenido del gobierno argelino a las tropas saharauis, principalmente en el plano de la ayuda militar. La alianza con Libia, también fundada en coincidencias de carácter político ideológicas, tendrá corta vida: el 14 de agosto de 1983 el gobierno de Gadafi va a firmar el Tratado de Uxda con Marruecos, hecho que va a generar la ruptura con el Frente Polisario. Ocasionalmente, el Polisario también va a recibir apoyo de Corea del Norte, Yugoslavia y Cuba.

Capítulo II: El control de los recursos naturales como quid de la cuestión.

En este capítulo vamos a indagar en torno a la disparidad en el acceso de los contendientes a recursos naturales estratégicos, y su relación con el desarrollo del conflicto.

La cuestión de los recursos naturales tuvo relación directa con el inicio mismo de la colonización del Sahara Occidental por parte de España en el siglo XIX. Uno de sus intereses económicos primario era el del acceso irrestricto a la pesca en sus costas, en tanto *“las características de las corrientes marinas existentes entre la costa del Sahara Occidental y la de las islas Canarias dan lugar a uno de los caladeros más importantes del mundo: el banco pesquero canario-sahariano, el cual, al contrario que otros de su entorno, carece de estacionalidad y es explotable durante todo el año”* (Martínez García, 2018, p.18).

Más aún, en ese marco, durante una parte importante de la ocupación española esta se desarrolló exclusivamente en la parte costera del territorio. Recién hacia la década 1930, y en respuesta a las normas europeas de la etapa, que obligaban a las naciones que reclamaban soberanía sobre alguna región la ocupación efectiva de su territorio, se produce el avance español desde los enclaves costeros hacia el interior del Sahara.

Recién a finales de los 40's, luego del descubrimiento de la existencia de reservas de petróleo y de fosfatos al interior del territorio, la exploración y eventual gestión de los recursos naturales del Sahara Occidental pasó a ser una prioridad de la política española para la región, dando inicio a lo que autores como Campos Serrano y Trasosmontes (2015) han denominado como “segunda ocupación colonial”, por los cambios que esta etapa abriría en el relacionamiento entre metrópolis y territorio ocupado.

Otros autores como Martínez Milán (2021) invierten el orden de causas y consecuencias, señalando que “la investigación de los recursos minerales del Sahara (fosfatos y hierro) y la posterior explotación en el caso de los fosfatos fueron decisiones estrictamente políticas”, que “obedecían al deseo de Presidencia del Gobierno y del núcleo duro de la Dirección General de Marruecos y Colonias de revalorizar la colonia con el fin de permanecer en ella *ad calendas graecas*”. (p. 246).

Lo cierto es que tanto la guerra del Ifni (1957), como las presiones internacionales en materia de descolonización, en particular de la ONU (organismo al que España había ingresado en 1955), también resultarían un poderoso acicate para impulsar un nuevo estatuto en lo atinente a la relación entre España y el Sahara Occidental. En ese marco, el 14 de enero de 1958 el gobierno de Franco al Sahara y al Ifni como provincias españolas para, de esta manera, justificar la inexistencia de dominación colonial sobre la región:

Lejos de desaparecer, fue precisamente durante la provincialización cuando se institucionalizó un sistema colonial que penetró todo el territorio, en el contexto de una segunda ocupación veinte años más tarde que en otros lugares de África. Si las relaciones entre gobierno español y autoridades locales había sido una constante en la presencia del primero en el territorio, fue entonces cuando los *chuij* de las kábilas locales se integraron en la misma administración colonial, regulándose más detenidamente sus funciones como principales intermediarios entre el gobierno español y la población del Sáhara, y conformando un verdadero gobierno indirecto. (...) Al mismo tiempo, en contradicción con la supuesta

integración de la población colonial en la nación, los habitantes del territorio se clasificaban entre ‘nacionales’ y ‘nativos’ de forma mucho más meridiana de lo que había sido hasta el momento. (Campos Serrano y Trasmontes, 2015).

Volviendo a las prospecciones, si bien los primeros indicios de la existencia de petróleo eran de 1940, recién tras la aprobación en 1958 de la Ley de Investigación de Hidrocarburos, España concedió licencias de exploración a varias empresas extranjeras, que si bien hallaron crudo, terminaron desistiendo de su extracción debido a otros descubrimientos más rentables realizados en el Mar del Norte y en Libia, y al avance de los reclamos de la ONU por la descolonización del Sahara, que preanunciaban futuras inestabilidades e inseguridades jurídicas en la región.

La apuesta del gobierno español sería en adelante por la búsqueda de otros recursos, primero por medio del Instituto Nacional de Industria (INI), y luego mediante la creación en 1962 de la Empresa Nacional Minera del Sáhara (ENMINSA), que –además de otros minerales como potasio, cobre, uranio y hierro- descubriría en 1963 el yacimiento de fosfatos de alta calidad ubicado en Bucráa, que ofrecía enormes ventajas en la medida que podían ser extraídos a cielo abierto por encontrarse a una profundidad mínima. El hallazgo determinó la creación de la empresa Fosbucráa, aunque la mina estuvo en condiciones de sostener una producción regular recién en 1973.

El impacto económico sería importantísimo para la región:

La importancia económica de los fosfatos para el territorio del Sáhara Occidental trascendió la propia existencia de dichos recursos, al suponer un “*salto desde la prehistoria económica a la época industrial*”. En cierta medida, se superó la gran precariedad de las infraestructuras del transporte, dado que fue necesario construir carreteras, un puerto de mayor calado, viviendas, una planta potabilizadora de agua, una central eléctrica, etc. Estas, además de producir para la actividad minera, permitieron abastecer de agua y luz a El Aaiún. Asimismo, se registró un gran dinamismo en otras actividades económicas, relacionadas principalmente con el sector servicios. (Trasmontes, 2014, p.5).

A ello habrá que agregarle, en materia de infraestructura, la construcción por parte de la empresa alemana Krupp de la cinta transportadora de más de 100 km que unió la mina con el puerto de El Aaiún, y que por su utilidad para sacar el mineral del Sahara, sería más adelante –ya con la guerra en marcha- objeto de ataques y sabotajes por parte del Frente Polisario.

Para ilustrar la relevancia estratégica del yacimiento en cuestión, es importante señalar que la producción mundial de fosfatos (que, como expusimos en la introducción de este trabajo, es un insumo necesario para el desarrollo de fertilizantes para la agricultura, encuadrable por sus características en la categoría de *recurso natural estratégico*, desarrollada por García Tasich en su obra de 2017) estaba por entonces en manos de tres países -los EEUU, la URSS y Marruecos-, y tal como plantea Algeró Cuervo (2006) “*Marruecos poseía 54.000 millones de toneladas (el 71 %); Estados Unidos, la décima parte, y sólo el yacimiento de Bucraa, 3.400 millones de toneladas, es decir, 500 millones más que todas las reservas de la URSS*” (p.118).

Eso explica porque los últimos años de presencia española en el Sahara, e incluso su retirada, estuvieron atravesados también por la cuestión de los recursos naturales: por un

lado, aunque nunca aplicado, el proyecto de Estatuto de Autonomía para el Sáhara de 1974, la última propuesta de reforma política ensayada por la metrópolis, promovía además un Programa de Promoción del Sáhara, que establecía el reconocimiento al pueblo saharauí de la propiedad exclusiva y el disfrute de las riquezas y los recursos naturales del territorio (Campos Serrano y Trasosmontes, 2015); por el otro, la llamada *Declaración de Principios entre España, Marruecos y Mauritania sobre el Sahara Occidental*, acuerdo que puso fin a la ocupación española, incorporó la cesión del 65% de los yacimientos de fosfatos al Reino de Marruecos, medida que se operativizó mediante la venta de acciones de la empresa Fosbucráa a la empresa pública marroquí Office Chérifien de Phosphates.

Aunque autores como Villar (1982) consideran que la existencia de cuantiosos recursos naturales en el Sahara Occidental no constituyó la razón principal que movilizó las pretensiones anexionistas de la corona alauita, motivadas más bien por objetivos estratégico políticos, entendemos –siguiendo a Shelley (2004)- que la magnitud y calidad de las reservas de fosfatos existentes en ese territorio ponían en riesgo la preeminencia marroquí en el mercado mundial de ese mineral. Por su parte, Trasosmontes (2014) reconoce motivaciones de orden político en el accionar marroquí, como el anhelo de la construcción del Gran Marruecos, pero hace hincapié en el peso fundamental de los intereses económicos y de búsqueda de control de los recursos naturales existentes en el Sahara Occidental, para explicar la intervención de la monarquía alauita en el conflicto. Esta última lectura es, por otra parte, la que ha sostenido históricamente el Frente Polisario. Contreras Granguillhome (1983), que en su obra cita profusamente distintos documentos oficiales de esa fuerza, refiere a un balance del Comité de Relaciones Exteriores del Frente Polisario fechado en 1979, en el que el organismo celebra haber “paralizado totalmente el saqueo de nuestras riquezas de fosfatos”, al que describe como “móvil principal de la criminal guerra” (p.100).

Lo cierto es que la guerra en el Sahara Occidental alteró la normal continuidad de las actividades económicas en la región, y en particular la explotación de la mina de Bucráa que, junto a su cinta transportadora, se constituyeron en un objetivo habitual de los sabotajes del Polisario. Otro tanto puede señalarse de la actividad pesquera española que se desarrollaba con permiso de Marruecos en las costas del territorio ocupado, que también sería objeto de ataques y secuestros comandados por las tropas saharauis.

Como veremos en el capítulo siguiente, recién una vez avanzada la década de los '80, con la construcción de los muros marroquíes, tanto la mina de Bucráa como el acceso a las costas, es decir el “Sahara útil”, quedarían fuera del alcance del Polisario, abriendo una etapa (que se extiende hasta la fecha) caracterizada por la explotación de los recursos estratégicos de la región a manos de Marruecos y de compañías transnacionales aliadas, que –como señala Forero Hidalgo (2017)- sostienen su “extractivismo voraz” utilizando la guerra y permanencia del conflicto como “mecanismo de control, sumisión del pueblo y apropiación del territorio”:

Es la mejor ilustración de lo que el geógrafo marxista británico David Harvey (2005), ha denominado acumulación por desposesión, refiriéndose a procesos de acumulación de capital basados en la depredación, el fraude y la violencia que se acrecienta por la aceleración de la expansión capitalista en el sur, y que establece una especie de competencia internacional, que se intensifica a medida que surgen en la periferia mundial múltiples territorios dinámicos para la acumulación de

capital. Esta ha sido la tendencia en el manejo del conflicto durante los últimos cuarenta años. (p.59).

Es importante señalar que las actividades de prospección, extracción y comercialización de los recursos naturales del Sahara Occidental que tras la ocupación va a llevar adelante Marruecos (por sí mismo o en su nombre por interpósita persona) sin la participación de la población autóctona en el usufructo de las mismas, van a constituir una abierta violación a dispositivos jurídicos internacionales que resguardan el derecho de pueblos y naciones de disponer sus recursos con fines de desarrollo y bienestar propios, y tienen incidencia para los Territorios No Autónomos:

En este sentido, dada la situación de inferioridad inherente a la condición de territorio sometido a dominación colonial, las Naciones Unidas mostraron ya desde los años cincuenta su preocupación por una protección especial de la soberanía permanente de estos pueblos sobre sus recursos naturales, recursos que eran sometidos de forma habitual al expolio indiscriminado por las diferentes potencias coloniales. Esta preocupación tuvo reflejo en numerosas resoluciones de la AG que, en sus primeros treinta años de existencia, llegó a establecer un completo sistema de protección aunque, en función de los territorios de que se tratara, su eficacia fue bien diferente. (Soroeta Licerias, 2001, p.223).

En esa línea, podemos citar la IV Convención sobre Derechos y Costumbres de la Guerra en Territorios y sus Anexos, el artículo 33 de la IV Convención de Ginebra de 1949, la resolución 1803 (XVII) del 14 de diciembre de 1962 de la Asamblea General de la ONU, el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos de 1966, la resolución 3201 (S-VI) del 1 de mayo de 1974 de la Asamblea General de la ONU (titulada Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional), y el artículo 16 de la Carta de la ONU sobre Derechos y Deberes Económicos de los Estados, de 1974.

En lo que refiere exclusivamente al caso del Sahara Occidental, aunque la ONU fue consciente tempranamente de la necesidad de proteger sus recursos naturales de la explotación indiscriminada y de los intereses tanto de España como de las naciones que reivindicaban soberanía sobre su territorio, recién en 1970 su Asamblea General va a señalar de forma expresa la necesidad de salvaguardar esos recursos por medio de la resolución 2711, que invitaba a España a tener en cuenta sus observaciones sobre las actividades de los intereses económicos extranjeros que operaban en el Sahara Occidental, y al resto de las naciones a abstenerse de hacer inversiones en ese territorio, en nombre del derecho de autodeterminación de la población nativa. En el mismo sentido, la resolución 3292 (XXIX), del 13 de diciembre de 1974, reiteraba su invitación “*a todos los Estados a que observen las resoluciones de la Asamblea General relativas a las actividades de los intereses económicos y financieros extranjeros en el Territorio*”, y a que se abstuvieran “*de contribuir con sus inversiones o su política de inmigración al mantenimiento de la situación*”⁴.

⁴ Recuperada de:

https://www.umdraiga.com/documentos/ONU_resolucionesasambleageneral/A_RES_3292_1974_es.htm

Ambas resoluciones indican con claridad que la Asamblea General de la ONU incluía entre las actividades que abonaban la explotación ilegal de los recursos naturales del Sahara Occidental, no solo a las actividades extractivas propiamente dichas, sino también a todas aquellas que en los hechos las terminaban propiciando, desde las inversiones de capital hasta la radicación de colonos en el territorio ocupado.

Sin embargo Soroeta Licerias (2001) señala que luego de la ocupación marroquí – mauritana la ONU no mostraría la misma puntilliosidad a la hora de marcar esos límites a las naciones ocupantes:

El hecho de que, con posterioridad a la ocupación militar, la AG haya obviado cualquier referencia a estas dos cuestiones parece indicar que existen dos raseros diferentes para medir la política colonizadora: uno referido a la de la potencia colonial histórica, España, que fue firme en los últimos años de presencia española en el territorio, y otro referido al Estado que ocupó militarmente el territorio, Marruecos, pero que practica sin disimulos una política de establecimiento de colonos que no tiene nada que “envidiar” de la practicada por la antigua potencia colonial. (Soroeta Licerias, 2001, p.224)

Al respecto, Suárez Saponaro (2016) es contundente en el señalamiento de que el Sahara Occidental “es objeto de flagrantes contravenciones al derecho internacional” y que “todos los acuerdos celebrados por la potencia ocupante en materia de pesca, exploración minera, así como sus acciones de explotación de los recursos naturales, son violatorios del derecho inalienable que tiene el pueblo saharauí sobre los recursos de su territorio” (p.249). Aun cuando no lo afirma con tanta vehemencia, Trasosmontes (2016) señala que -a lo largo del periodo que estudiamos, pero también hasta la actualidad- existen grandes dificultades para la contrastación empírica de la coartada marroquí que justifica la explotación de los recursos en cuestión (esto es su supuesta reinversión en el mismo Sahara Occidental), debido a la ausencia de transparencia informativa en la materia.

Conclusiones del capítulo II.

La ocupación del Sáhara Occidental le permitió a Marruecos erigirse en un actor regional de gran relevancia, y consolidar la posición de preeminencia que ya ostentaba en lo que refiere al control de determinados recursos naturales estratégicos, particularmente los fosfatos. Su lugar en el mercado global de este producto es similar al que ocupa, por ejemplo, Arabia Saudita en el del petróleo.

Esto explica por qué si –como afirma Martínez García (2018)- la ocupación del Sáhara Occidental supone un “lastre” para la diplomacia pública marroquí, y es vista por la comunidad internacional como “una ocupación sobreprolongada”, sin embargo se siguió sosteniendo en el tiempo. Es simple: el control de los recursos naturales del Sáhara Occidental ha posicionado a Marruecos como un “*global player*” al que “*se le debe tener en cuenta en todas las decisiones concernientes a la cuenca mediterránea y al norte de África*” (p.49).

Capítulo III: De la guerra en el desierto.

En este capítulo vamos a conceptualizar la categoría de guerra asimétrica, y a caracterizar las tácticas de combate adoptadas por los actores en pugna.

Teorías de la guerra: del orden a la dispersión.

Como hemos señalado en apartados anteriores, tras la Segunda Guerra Mundial emerge con fuerza en los países del Tercer Mundo una conciencia nacional extendida, y –con ella- se abren progresivamente distintos procesos de descolonización. La marca en el orillo de esta etapa será la emergencia de grupos insurgentes orientados a sostener acciones armadas enmarcadas en tácticas propias de la guerra irregular, con el objetivo de desgastar a las potencias ocupantes y lograr su retirada. El norte del continente africano no será ajeno a este fenómeno, y de hecho podemos encontrar en el Frente de Liberación Nacional argelino un caso paradigmático.

Sin embargo es importante señalar que –más allá de la potencia con la que emerge en esa coyuntura- la guerra irregular podía acreditar ya por entonces un largo recorrido al interior de la historia de la guerra moderna, y de las teorizaciones del pensamiento militar que habían acompañado su derrotero.

El mismísimo Carl von Clausewitz, al que durante su carrera militar –en el marco de la guerra de liberación de Alemania contra Francia- le había sido encomendado por el rey de Prusia la organización del Landstrum, una suerte de milicia popular, señalaba ya por entonces en un memorándum dirigido al monarca –citado por Alain de Benoist (2007)- la importancia de que la misma fuera “una tropa dispersa, preparada para la defensa y para los ataques inesperados, fácil de replegar y reorganizar”, y para ello debía “abandonar la estrategia de concentrarse y arriesgarse inútilmente en una posición defensiva regular”. Aquel documento, que puede ser considerado su primera reflexión en torno a la materia, tendría su continuidad en el capítulo 26 del libro VI de su obra más importante, *De la guerra*. Allí Clausewitz definiría a la “guerra popular” como algo “vaporoso y fluido” que no debía corporizarse, so riesgo de ser detectado y atacado focalizadamente por el enemigo. (Clausewitz, 1955, p.554).

Raymond Aron (2009) va a hallar en el uso de la categoría de “pueblo en armas” por parte de Clausewitz un talante defensivo y conservador, que –sin embargo- no representaría un escollo para la recuperación en clave revolucionaria de su obra, y de ese concepto en particular, por parte de Mao:

Mao Tse-Tung fue quien, al reencontrar o recuperar las lecciones de la guerra de España, elaboró la doctrina de la guerrilla y del conflicto prolongado. La guerra popular se convierte en guerra revolucionaria, tanto en medio de ataque como de defensa. (p.43).

A su turno, Carl Schmitt va a encontrar en Clausewitz, y en su vocación por enfrentar la invasión napoleónica a Prusia, el fundamento primario de la elaboración de su teoría sobre el partisano. Schmitt –como señala José Fernández Vega (2005)- remonta el origen de esa figura “a las luchas nacionales (es decir, no-revolucionarias e incluso antirrevolucionarias) del siglo XIX” (p.266), por lo que el surgimiento de las fuerzas partisanas irregulares estaría vinculado en términos históricos con la guerra defensiva.

Este origen adquiere importancia luego en la distinción que Schmitt (2016) establece entre dos tipos de partisanos, “el defensor autóctono de la patria” y “el activista

revolucionario universalmente agresivo” (p.37). El tipo de guerra que cada uno de ellos protagoniza los moldeará como combatientes con características distintas: el primero será “una figura marginal que no rebasa los límites de la guerra y no modifica la estructura general del proceso político”, el segundo –inmerso en “una guerra civil entre un enemigo de clase y otro”, y cuyo objetivo principal es “la eliminación del gobierno del Estado enemigo”- es “la verdadera figura central de la guerra” (p.37). Schmitt va a adjuntarle al primer tipo de partisano el calificativo de “auténtico”, por su carácter telúrico y defensivo, características que redundan en una limitación de la enemistad, aislada “de las pretensiones absolutas de una justicia abstracta”. Más esa autenticidad, esa esencia, cambia cuando el partisano se identifica “con la absoluta agresividad del revolucionario mundial o con una ideología tecnicista” (p.28).

Más acá en el tiempo, ya en la década de los '80 del siglo pasado, un grupo de pensadores –principalmente de origen norteamericano- comienza a desarrollar una serie de reflexiones orientadas a desentrañar cambios profundos en las características de la guerra: la hegemonía de la guerra trinitaria descrita por Clausewitz (es decir, la que tenía por protagonistas a la triada integrada por gobiernos, ejércitos nacionales y pueblos) quedaba atrás, para abrir paso –debilitamiento del Estado mediante- a la aparición de múltiples y poderosos actores no estatales beligerantes. A través de las categorías de “Guerras de Cuarta Generación”, “Guerra de la 4ta Época”, “Transformación de la Guerra” o “Guerra de la 4ta Generación”, William S. Lind, Robert Bunker, Martin Van Creveld y Thommas X. Hammes, respectivamente, intentaron caracterizar –cada uno a su modo y con sus matices- la historia de la evolución de la guerra, entendida como la historia del tránsito progresivo del orden a la dispersión, de las acciones militares lineales masivas a las intervenciones quirúrgicas de pequeños grupos sobre los centros de gravedad estratégicos del enemigo, de campos de batalla claramente delimitados a espacios de combate extendidos a toda la sociedad enemiga (incluyendo su conciencia).

Se trata, como señala Sánchez García (2012), de distintas formas de nombrar un mismo fenómeno, el de la guerra irregular o no convencional, que –por definición- es de fronteras difusas, y que –como hemos visto- ha sido profusamente abordado a la largo de la historia del pensamiento militar. Atentos a esa profusión, y antes de analizar en detalle el desarrollo del conflicto del Sahara Occidental en sus aspectos puramente militares, pretendemos acercarnos a una definición que nos permita aprehender el fenómeno con mayor precisión, para poder encuadrar luego las acciones bélicas a reseñar en un marco teórico que les brinde inteligibilidad.

Si, como señala Miron (2019), las guerras irregulares, a diferencia de las guerras convencionales, “se refieren principalmente al *modus operandi* empleado por uno o todos los beligerantes”, y “con frecuencia, este *modus operandi* es favorecido por el lado más débil y consiste en ataques sorpresa, tácticas de guerrilla y terrorismo, para alcanzar un objetivo político”, debemos inferir que lo que las provoca, o lo que –en última instancia- explica las formas que adquieren, es la asimetría existente entre los contendientes. Porque si bien, como señala Bajo (2019), la expresión “guerra asimétrica” refiere en principio “a una diferencia de poderío y no tanto a una cuestión de reglas”, va de suyo que, “de manera inevitable” afirma la autora, “la búsqueda de la victoria implicará la práctica de una lucha no convencional o alternativa, con el fin de explotar las vulnerabilidades, de toda índole, del adversario”.

Partimos de aceptar entonces la relación de causa y efecto entre la asimetría de un conflicto armado y su carácter irregular. En palabras de Verstryngge (2013):

Así, un conflicto sería asimétrico cuando los contendientes presenten capacidades muy diferentes, muy disimiles; obviamente, la parte potencialmente de mayor fortaleza tratará de conseguir que la lucha discurra en términos clásicos, porque de esta manera tendrá asegurada la victoria; en tanto que la parte más débil, consciente de su impotencia en el terreno militar, tratará de plantear y exportar el conflicto a otros ámbitos al objeto, más que de obtener la victoria, de hacer que el sostenimiento del conflicto no resulte rentable al adversario. O sea, intentar una victoria indirecta... (p.17).

En ese marco, el contendiente más débil “buscará la dispersión de sus fuerzas, diluirá éstas con la población civil al objeto de que sean pocos concretos los puntos donde pueda ser vulnerable, al tiempo que se beneficiará (en términos de propaganda y de simpatía de la población residente) de los daños colaterales que el uso de la fuerza mayor provoca”, sus movimientos “serán ágiles y marcadamente agresivos y no estarán asociados a conceptos territoriales, sus objetivos no serán estrictamente militares: la opinión pública, la cohesión de la alianza, económicos (...) buscando instrumentalizar la reacción de la fuerza agredida en su propio beneficio”, y sus estructuras “serán planas y poco articuladas”. (Matas, 2003).

Llegado a este punto, nos parece válido -para abordar el conflicto bélico que estamos intentando diseccionar- la introducción de una definición de “guerra asimétrica” que incorpore no solamente el dato obvio de las diferencias de poderío militar entre contendientes, sino también el uso de tácticas y estrategias diferenciadas entre los mismos, y el aprovechamiento por parte de un actor de las debilidades del adversario:

La mejor definición debería basarse en considerar como elemento clave de la asimetría la existencia de modelos estratégicos o de formas bélicas diferentes. No existe pues conflicto armado asimétrico sólo por la existencia de una desigualdad numérica, tecnológica o de meros procedimientos entre los contendientes, sino cuando estos adoptan formas de combate diferentes en su concepción y en su desarrollo.

Así, se puede definir el conflicto armado asimétrico como aquel que se produce entre varios contendientes de capacidades militares normalmente distintas y con diferencias básicas en su modelo estratégico. (Cabrerizo Calatrava, 2002, p.5).

Golpear y replegarse: el Polisario jaquea a sus enemigos.

Como hemos señalado anteriormente, aunque el Frente Polisario sostuvo acciones armadas contra la ocupación española desde su mismo nacimiento, en mayo de 1973, estas fueron escasas y de impacto limitado. Recién cuando a partir de octubre de 1975 empieza a quedar en claro para el nacionalismo saharauí que su hipótesis de conflicto sería en adelante con Marruecos, el Frente Polisario va a pasar a la ofensiva armada contra la invasión en marcha, y -paralelamente- va a atravesar un proceso de crecimiento exponencial: serán las migraciones de jóvenes saharauís empujados al desierto por las políticas represivas desatadas como parte del avance de las tropas marroquíes en los centros urbanos, las que van a alimentar su novel estructura combatiente⁵. Sumado a ello, aproximadamente 2.500 militares saharauís que revistaban en la Policía Territorial y en

⁵ El caso de El Aaiún resulta en ese sentido paradigmático: a poco de producirse el desembarco marroquí, la población va a reducirse al 25% de la habitual (Diego Aguirre, 1991, p.139).

la Agrupación de Tropas Nómadas del Ejército Español de ocupación, van a desertar para integrarse al Polisario. Para 1977 el Ejército de Liberación Popular Saharaui va a contar con aproximadamente 10.000 combatientes (Diego Aguirre, 1991, p.159).

Gómez López (1992) y Suárez Saponaro (2016) distinguen cuatro fases claramente diferenciadas en la estrategia militar saharauí: la Defensa positiva (desde octubre de 1975 hasta junio de 1976), la Ofensiva “Martir Luali” o “Chahid el Uali Mustafá” (desde junio de 1976 hasta diciembre de 1979), la Ofensiva “Houari Boumediene” (desde diciembre de 1978 hasta octubre de 1984), y la Ofensiva “Gran Magreb” (desde octubre de 1984 hasta mayo de 1989). Contreras Granguillhome (1983) realiza una periodización similar⁶, aunque distingue a la “Ofensiva de Verano” como una fase intermedia entre las dos primeras.

La primera fase, de carácter defensiva, tuvo como objetivo principal la protección de la población civil saharauí en su huida hacia el desierto frente al avance marroquí y mauritano. Complementariamente, el Polisario se propuso avanzar en la creación de estructuras e instituciones que le permitieran sostener el esfuerzo de guerra, garantizar la seguridad y la vida cotidiana en los campamentos de refugiados, y operar en la arena política internacional para legitimar su lucha (es en ese marco que el 27 de febrero de 1976 se crea la República Árabe Saharaui Democrática).

El accionar de la corona marroquí incluía la adopción de métodos de represión policial en las ciudades, dirigidos contra la población civil sospechada de simpatizar con las fuerzas insurgentes, y el bombardeo con napalm y fósforo blanco de los campamentos de refugiados nacidos del éxodo de la población urbana hacia el desierto: entre enero y febrero de 1976 –por ejemplo- se produce el bombardeo de los campamentos de Guelta, de Tifariti y de Um Dreiga, que dejan un saldo de varios centenares de saharauis muertos o heridos, incluyendo a mujeres y niños (Diego Aguirre, 1991, p.143). Aquellas acciones llevaron a la administración Carter a interrumpir el suministro de armas a Marruecos, aunque la ayuda estadounidense se reestablecería hacia 1979 (Ruiz Miguel, 1995, p.135).

Señala Contreras Granguillhome (1983) al respecto:

Las fuerzas marroquíes tenían como orden dedicarse a exterminar cualquier indicio de vida, o todo aquello que representara un apoyo humano o material a los combatientes saharauis, para impedir también que las poblaciones saharauis regresaran a las zonas liberadas por el EPLS. Se instruyó a los soldados marroquíes para hacerles creer que era un problema entre Marruecos y Argelia, por lo tanto los combatientes no tenían ninguna representatividad; y por otro lado, que los soldados marroquíes era superiores a cualquier enemigo. La táctica empleada por Mauritania al apoyar a Marruecos inicialmente en esta invasión, contenía los mismos principios (p.100).

Lejos de oponer resistencia frontal en poblados y campamentos inermes frente al accionar de la aviación, el Polisario se va a proponer crear zona inestables en las regiones limítrofes con Marruecos y Mauritania, mediante grupos comandos que golpean para luego retirarse rápidamente:

Se estaba creando la guerra del desierto, algo que los más entendidos especialistas habían considerado siempre como imposible, y que solo era realizable por unas

⁶ Vale aclarar que su texto es de 1983, con el conflicto en pleno desarrollo.

fuerzas muy móviles, resistentes a las condiciones del medio y perfectamente conocedoras de las zonas en las que operaban (Diego Aguirre, 1991, p.149).

El conocimiento del terreno y la movilidad serán en adelante los mejores aliados del Polisario frente a la superioridad de los ejércitos ocupantes. Durante los años 1976 y 1977 resultará una constante la táctica de hostigamiento y posterior repliegue, teniendo como blanco a los poblados establecidos en el Sahara por los marroquíes (Mahbes, Bir Lehlú, Tifirati, Amgala, Hausa, Smara, Guelta) y por Mauritania (Auserd, Tichla), pero también a localidades del sur de Marruecos (llegando hasta Tantan) y en territorio Mauritano (Bir Um Grein, Zueratt, Ouadan, Atar).

El acondicionamiento de los combatientes saharauis al clima también redundaba en un factor aprovechado por el Polisario, particularmente durante las campañas de verano:

La situación física y psicológica de Marruecos era difícil al sostener una guerra en un desierto con temperaturas que en ocasiones sobrepasan los 60 grados, a las que los marroquíes no se aclimatan, con una psicosis de cerco y una dificultad de comunicaciones que se unía al desaliento de las pequeñas guarniciones marroquíes que se saben aisladas. (Ruiz Miguel, 1995, p.136)

El calor agobiante, con temperaturas que llegaban a los 50° C, y la tensión generada en las largas vigilias en las guarniciones perdidas a lo largo del Sahara a la espera de un ataque por sorpresa generaban una presión extra tanto a la tropa como a los jefes marroquíes. Esta situación era hábilmente explotada por las unidades móviles saharauis. (Suárez Saponaro, 2016, p.82)

Si al comenzar la guerra, los limitados recursos del bando saharauí, sumado a su escasa demografía y sus reducidos apoyos externos (Libia y Argelia), contrastaban con el poderío militar de la alianza entre Marruecos y Mauritania (fundamentalmente del primero) y el peso político de sus apoyos internacionales (Francia y los EEUU), y esto hacía prever una rápida derrota del Frente Polisario, a poco de andar se demostraría lo errado de esas previsiones:

La conducción militar saharauí, inspirándose en la organización militar de Argelia y de Vietnam, le otorga a sus fuerzas una impronta particular: organiza unidades móviles compuestas por columnas de vehículos tipo Land Rover artillados, que, explotando hábilmente el factor sorpresa y un profundo conocimiento del terreno, se transformaron en una pesadilla para los ocupantes. A ellos se une una excelente inteligencia táctica y el contar con tropas entrenadas para combatir en el desierto. (Suárez Saponaro, 2016, p.76)

Con la ofensiva de verano, iniciada en junio de 1976, el Frente Polisario se propuso extender el campo de batalla a la totalidad del Sahara Occidental, a todo el territorio mauritano, y al sur de Marruecos. La operación más importante de esta etapa va a ser el ataque a la capital de Mauritania (Nouakchott) el 8 de junio de 1976, que insumió enormes costos materiales y humanos para el Polisario, incluida la muerte de su entonces conductor El Uali Mustafá. La operación, de gran envergadura, y desarrollada a 1.500 kilómetros de la base de las fuerzas saharauis, contó con “600 hombres, más de un centenar de vehículos y aprovisionamientos en víveres, carburantes y municiones para un material pesado de morteros de 120 m/m, cañones de 110 m/m y antiaéreos” (Diego Aguirre, 1991, p.161). El ataque tenía evidente un objetivo propagandístico, en un intento por influir en las instancias internacionales, y escenificó la estrategia que el

Polisario iba a desarrollar en adelante: la concentración del grueso del esfuerzo militar en el frente mauritano, por considerarlo el eslabón más débil de la entente enemiga. Lo cierto es que, a la postre, este planteo va a resultar exitoso.

Esta estrategia va a formalizarse en agosto del mismo año, en el marco del III Congreso General del Frente Polisario, que -bajo la advocación del líder caído en combate- va a lanzar una nueva ofensiva que llevará su nombre. Uno de sus objetivos será la destrucción de las bases de la economía de Mauritania, fundadas en la explotación del hierro: tres ataques producidos entre mayo y junio contra la ciudad minera de Zuerrat (protegida por 1.000 hombres y poblada por 700 franceses ligados a la actividad minera), van a desnudar la fragilidad de las defensas mauritanas, y -por consiguiente- a empujar al compromiso de Francia en la guerra del Sahara⁷, y a acrecentar la colaboración de la corona marroquí con el gobierno de Mauritania⁸. La presión militar resultaba tan fuerte para los mauritanos, que debieron pasar de un ejército integrado en 1975 por 2.000 soldados, a uno de 16.000 en 1976 (Ruiz Miguel, 1995, p.130).

Señala José Ramón Diego Aguirre (1991) sobre el alcance de esta primera etapa de la guerra sostenida por el Frente Polisario en dos frentes:

El balance de lucha del Polisario desde abril de 1976 a la misma fecha de 1977 señalaba las pérdidas de 18 aviones y helicópteros, 2 aviones de carga y 600 vehículos, entre blindados y transportes, así como 4.200 muertos, 2.800 heridos y 96 prisioneros del lado marroquí, y 1.600 muertos, 900 heridos y 16 prisioneros del lado mauritano. Estas cifras, aunque discutidas por otras fuentes, no dejan de ser muy significativas e indican la dureza de los enfrentamientos y el alto coste de la invasión (p.159).

Marruecos también va a sufrir, como Mauritania, tanto los sabotajes a parte de su infraestructura productiva (por ejemplo, contra las estaciones eléctricas y la cinta transportadora de fosfato de Fosbucrá), como cuantiosas pérdidas humanas (15.000 soldados a mediados de octubre de 1977, si damos por buena la información publicada por The Washington Post por esa fecha).⁹ Sin embargo, lo que para Marruecos representó un impacto moderado, para el gobierno de Mauritania derivó en su derrumbe. El 10 de julio de 1978 se produjo un golpe de Estado contra el presidente Mohtar uld Dadah, aupado en el descontento de la población frente a una guerra profundamente impopular entre los mauritanos, y enormemente costosa:

En un país de frágil economía, el esfuerzo de guerra había hecho aumentar el ejército hasta 18.000 hombres, cantidad no excesiva pero que consumía el 40% del presupuesto en 1977 y el 60% en 1978. La inflación superaba el 30% anual a lo que contribuía la caída de las exportaciones de hierro de Miferma, por los

⁷ Ocho ciudadanos franceses fueron secuestrados por el Polisario durante el primero de estos ataques, y liberados siete meses después.

⁸ Luego del ataque a Nuakhot, el 1 de mayo de 1977, Marruecos y Mauritania firmaron un acuerdo de defensa mutua que llevó al desembarco de 9.000 soldados marroquíes en Mauritania, situación no demasiado cómoda para este último país, habida cuenta de la histórica vocación expansionista del primero.

⁹ Reseñada en Contreras Granguillhome, 1983, p.105

ataques del Frente Polisario a las instalaciones y la crisis de la siderurgia europea. (Diego Aguirre, 1991, p.193).

Un año después, el 5 de agosto de 1979, se firmaría en Argel el acuerdo de paz entre la República Árabe Saharaui Democrática y la República Islámica de Mauritania¹⁰. La estrategia del Polisario -golpear al eslabón más débil para separarlo de la entente invasora- había resultado victoriosa. La ofensiva “Chaid El Uali Mustafá Sayed” alcanzó así alguno de sus objetivos principales: terminar con la alianza tripartita entre Marruecos, Mauritania y Francia, y reducir el “espacio vital” marroquí.

Sin embargo, el 11 de agosto, tres días antes de la fecha prevista para que Mauritania abandonase la administración de la porción del Sahara Occidental bajo su control, Marruecos ocupó militarmente ese territorio:

El abandono mauritano a primera vista suponía un triunfo saharauí, en la medida en que obligaba a las tropas marroquíes a desplegarse. Sin embargo, dio ocasión a que Marruecos lograra su aspiración de hacerse con todo el Sahara y ocupara militarmente todo el Rio de Oro (excepto La Güera), que a partir de entonces considera suyo. Así pudo llegar a decir Hassan el 3 de marzo de 1985 (Fiesta del Trono) que "nuestra soberanía es una e indivisible y se extiende a la totalidad de nuestro territorio nacional desde Tánger a Güera, afirmación esta claramente contraria a la legalidad internacional. (Ruiz Miguel, 1995, p.131).

Mientras el conflicto en el frente mauritano se iba despejando, el Polisario lanza a principios de 1979 la ofensiva “Houari Boumediene” (llamada así en homenaje al presidente argelino, fallecido el 27 de diciembre de 1978), cuyo objetivo era el de extender la guerra al interior del territorio marroquí, incluso hasta sus posiciones más fortificadas, e imponer la soberanía de la RASD sobre todo el territorio del Sahara Occidental.

En esta etapa, el Polisario va a perfeccionar la táctica de movilidad de pequeñas unidades militares, integradas por Land Rovers o Toyotas munidas de cañones y ametralladoras antiaéreas de origen ruso o chino, que utilizan el efecto sorpresa para encontrarse en un punto prefijado y concentrar ahí todo su poder de fuego¹¹. Sin embargo, el crecimiento del poder del Polisario en comparación con los inicios del conflicto, le va a permitir –en adelante- acompañar las acciones de guerra irregular con operaciones convencionales:

Estos cambios y mejoras generaron terribles pérdidas a las fuerzas marroquíes: batalla de Bir N´zarán (agosto de 1979): los marroquíes sufrieron 400 muertos y 175 prisioneros; y batalla de Leubirat: Marruecos perdió 650 efectivos, 45 tanques, 57 blindados, 1125 vehículos, 495 piezas de artillería, cientos de toneladas de munición; destrucción de la III División blindada (junio de 1977); toma temporaria de la ciudad de Smara por parte de 5000 combatientes del ELPS, que liberaron 700 prisioneros de guerra saharauis; y ataque a Tan Tan, que

¹⁰ Tras ese acuerdo, Mauritania pasaría a defender la causa saharauí en los foros internacionales, particularmente en la ONU, y en 1984 reconocería a la República Árabe Saharaui Democrática.

¹¹ La respuesta de Marruecos será la creación de unidades móviles cuya misión será la de rastrear el territorio saharauí a fin de buscar y eliminar combatientes del Polisario (Ruiz Miguel, 1995, p.136).

repercutió en la opinión pública marroquí, a tal punto que el rey Hassan II reconoció la gravedad públicamente. (Suárez Saponaro, 2016, p.83)

La respuesta de Marruecos será la de desarrollar hacia 1979 un sistema de columnas móviles integradas por entre 5.000 y 7.000 efectivos, que le permitieran no esperar pasivamente los ataques del Polisario, sino salir en su búsqueda y peinar el desierto. La primera columna, denominada Uhud, contó con 7.000 hombres y 1.500 máquinas (incluyendo vehículos blindados, jeeps artillados y aviones), y alcanzó algún éxito a fines de 1979 en su objetivo de despejar de grupos de combatientes polisarios el antiguo Río de Oro español. La segunda columna, integrada también 7.000 efectivos y llamada Zalaca, se puso en marcha en enero de 1980, con el objetivo de terminar con los ataques saharauis en el sur de Marruecos, y poner fin al cerco que sufría la localidad de Zag. Fue objeto de intensos ataques por parte del Polisario, protagonizó algunas de las batallas más importantes de la guerra del Sahara, y recién pudo lograr vencer el cerco en cuestión en mayo. La tercera columna, bautizada Larak, protagonizó algunos enfrentamientos con los combatientes saharauis en la región oeste de Tarfaya entre agosto y septiembre de 1980.

Aun cuando Algeró Cuervo (2006) reconoce que las FAR marroquíes obtuvieron algunos éxitos por medio de este sistema, en la medida que *“las columnas militares habían favorecido la conversión de la guerra del Sahara en un enfrentamiento convencional, alejado de la estrategia de guerrilla, y con importantes contingentes enfrentados”* (p.363), debido al despliegue que tuvieron que realizar no duda en calificar a esos triunfos como pírricos. Aún en desventaja numérica, el Polisario seguía aprovechando su mayor movilidad para ocasionar cuantiosas pérdidas a su enemigo. Como señalan Fuente Cobo y Mariño Fernández (2006) el balance de la campaña marroquí basada en las columnas resultó finalmente negativo, en tanto *“no fueron capaces de limpiar el territorio asignado, ni de dominarlo, ni siquiera de causar daños significativos en la capacidad militar del Frente Polisario”* (p.100).

Ruiz Miguel (1995) estima que por entonces las Fuerzas Armadas Reales de Marruecos tenían entre 100.000 y 140.000 efectivos y el Frente Polisario apenas llegaba a entre 10.000 y 12.000 efectivos. Sin embargo, a pesar de la disparidad de fuerzas, las pérdidas humanas y materiales del ejército marroquí serían altísimas en el marco de la “Ofensiva Boumediene”, a tal punto que lo obligaría hacia 1981 –ante la imposibilidad de defender con éxito sus guarniciones diseminadas en el desierto- a replegarse al llamado “triángulo útil”, formado por El Aaiún, las minas de Bu-Craa y Smara, dejando gran parte del territorio en manos del Polisario.

El balance crítico de este escenario, sumado al cambio de administración en los EEUU, de Carter a Reagan, y la decisión de este último de levantar las restricciones impuestas al gobierno de Rabat (que en adelante volvería a aprovisionarse con armamentos y asesores norteamericanos), van a generar las condiciones para un giro radical en el conflicto, a partir del replanteo que se va a hacer Marruecos sobre cuál sería en adelante su estrategia de defensa del territorio.

De la guerra de maniobras a la guerra de posiciones: los muros defensivos marroquíes.

Frente al constante hostigamiento saharauí a sus guarniciones en el Sahara, Marruecos va a impulsar –con ayuda y asesoramiento francés y estadounidense- la construcción de un

extenso sistema de muros defensivos de piedra y arena, protegidos por fosas y minas, y jalonados por puestos de observación custodiados por unidades móviles. El proceso de construcción de este sistema defensivo de más de 2.000 kilómetros de longitud durará siete años, de 1980 a 1987¹², y no estará exento de zozobras, en la medida de que el Polisario va a lanzar continuos ataques para intentar paralizar las obras. Como señala Suárez Saponaro (2016), Marruecos se proponía *“llevar al ELPS a una guerra de posiciones para infringir el mayor número de bajas posibles, dada la debilidad numérica de los saharauis”* (p.84).

Señala Ruiz Miguel (1995) al respecto:

La estrategia de los muros persigue varios objetivos: en primer lugar, pretende conseguir el efectivo dominio del territorio frente a incursiones saharauis, empezando por el territorio más útil económicamente y las principales ciudades; en segundo lugar, persigue acercar lo más posible tales muros a la frontera con Mauritania y Argelia para intentar demostrar que el Polisario actúa desde bases situadas en los territorios vecinos y no desde territorio liberado; en tercer lugar, psicológicamente intenta el paulatino olvido por la opinión pública internacional de una guerra en la que, no pudiendo existir más grandes batallas o acciones militares espectaculares, no existe materia informativa lo suficientemente atractiva para alimentar el sensacionalismo de los *media*; en cuarto lugar, se pretende aislar a la población saharauí de los territorios ocupados respecto al Polisario; y en quinto lugar, se pretende a medio y largo plazo conseguir la marroquinización de los territorios y el definitivo asentamiento de la población marroquí inmigrada, provocando así la "palestinización" del pueblo saharauí. (Ruiz Miguel, 1995, p.138)

Los muros, construidos con tierra y piedras, van a variar en su altura en un rango de 2 a 3 metros, y a contar en su parte delantera con alambrados y campos de minas, y en la trasera con fosos, puntos de artillería enterrados, puestos de misiles anticarros, centros de estacionamiento y aprovisionamiento, sistemas de radares y de infrarrojos para visión nocturna. Contarán además con puestos de observación con 15 efectivos aproximadamente cada 1.000 metros, pelotones cada 2.500 metros, destacamentos cada 5 kilómetros, grupos de intervención rápida cada 20 kilómetros, y aviones de vigilancia pertrechados con radares.

En términos operativos, los muros le permitirían a las FAR marroquíes asumir una defensa estática, impidiendo la penetración de las escurridizas columnas saharauis en las zonas protegidas, bloqueando así su acceso al territorio del Sahara Occidental bajo su dominio. En caso de producirse una filtración de tropas enemigas *“los núcleos de reacción fuertemente armados, muy móviles y adecuadamente distribuidos a retaguardia de los muros, podrían actuar contra los atacantes acorralándoles contra el muro para, a continuación, destruirlos”* (Fuente Cobo y Mariño Fernández, 2006, p.103).

Para enfrentar el desafío que implican los muros en el desierto, el Frente Polisario va a desarrollar primero –hasta 1986– una táctica de exploración y estudio de las debilidades de las nóveles construcciones. En ese marco, el 1 de septiembre de 1983 va a atacar un frente de 50 kilómetros del primer muro en las inmediaciones de Smara, con cinco batallones mecanizados, dos acorazados y más de ochenta carros de combate, dando lugar

¹² Ver Anexo 5.

a una batalla de carácter marcadamente convencional. Como respuesta a la construcción del tercer muro, en octubre de 1984 el Polisario va a desatar la ofensiva “*Gran Magreb*”, en la que 2.000 combatientes saharauis atacaron la construcción del muro a la altura de Saac, con blindados de fabricación soviética BMP-1 pertrechados con misiles anticarro Sagger.

Pero será durante el período que va de 1986 a 1989, cuando el Polisario –luego de la etapa de exploración- va a cambiar su táctica, promoviendo ataques directos a las fortificaciones marroquíes, concentrando una parte considerable de su fuerza militar en esos embates:

Ahora los ataques se suelen producir de noche, o a las primerísimas luces del día, alternándose acciones contra puestos aislados con acciones que implican decenas de kilómetros de muro. Se trata de acercarse con gran rapidez a cualquier punto del muro con un gran número de carros blindados y de cohetes, con la intención de perforarlo y hacer la mayor destrucción posible. Estos ataques solo pueden durar un máximo de 4 o 5 horas y solo pueden tener una profundidad de unos 20 km y una longitud a lo largo del muro de unos 10 o 15 km, pues, de otro modo, las columnas saharauis podrían ser aniquiladas por las tropas marroquíes que, una vez superada la sorpresa, pueden reunir todas las tropas de los diferentes puntos además de la fuerza de intervención rápida del sector amenazado. Al producirse el alto el fuego, los muros exteriores de Marruecos podrían compararse a un queso gruyere. (Ruiz Miguel, 1995, p.141)

Los muros consolidan entonces una guerra de posiciones que conlleva un enorme desgaste para ambos bandos, con un uso intensivo de material militar. Sin embargo, teniendo en cuenta el acceso privilegiado a recursos y ayuda internacional por parte de Marruecos, quedaba claro que quien más acusaba recibo de ese desgaste era el Frente Polisario. El acuerdo libio marroquí firmado en agosto de 1984 entre Gadaffi y Hassan II, agravó la situación para los saharauis, que perdieron así el suministro de armas y dinero que le proveía quien desde el inicio de la guerra había sido un fuerte aliado, quedándoles en adelante solo la ayuda argelina y la de la cooperación internacional.

Para Ruiz Miguel (1995), la estrategia de los muros puede calificarse de “*exitosa*”, en la medida que los ataques del Polisario van –en adelante- a disminuir exponencialmente “*obligando prácticamente al alto el fuego que rige actualmente*”¹³, y van a limitar a los saharauis a una guerra de desgaste para forzar una solución política favorable, con la guerrilla como único recurso, en tanto la guerra convencional dejaba de ser una opción válida (p.142).

Algueró Cuervo (2006) va a coincidir con esta mirada, a la que le va a agregar el hecho de que los muros permitirían la colonización del Sahara Occidental, que hasta ese momento Marruecos no había podido acometer:

Al trono le convenía tener satisfechos a los saharauis que habían decidido ser fieles a Hassan II, y le interesaba atraer hacia aquellos confines a marroquíes que estuvieran dispuestos a instalarse permanentemente en “*las provincias del Sur recuperadas*”, pues su presencia facilitaría la utilización del argumento del hecho consumado y dificultaría enormemente un regreso a la situación de 1975. (p. 366)

¹³ Se refiere al alto al fuego de 1991.

Fuente Cobo y Mariño Fernández (2006), en cambio, van resaltar el enorme costo militar y humano que van a representar los muros para Marruecos, sumados a su incapacidad para impedir las incursiones armadas del Frente Polisario, que los atravesó en numerosas ocasiones (p. 108). En ese marco, estos autores van a cuestionar “*las razones que llevaron a Marruecos a adoptar este tipo de estrategia tan costosa*”, que –por otra parte- “*supuso la renuncia automática por parte marroquí de uno de los principios clásicos del arte de la guerra como es la libertad de acción, que se entregó gratuitamente para su beneficio, al enemigo*” (p.104).

Sin dejar de reconocer esta última dimensión; en la medida que efectivamente las Fuerzas Armadas Reales de Marruecos tuvieron que pasar de 60.000 hombres en 1975 a 120.000 en 1981, hasta llegar a los 227.000 en 1988, todos ellos necesarios para levantar los muros y luego para mantenerlos operativos; es necesario remarcar que este sistema defensivo le imprimió un nuevo rumbo a una guerra en la que hasta 1980 la superioridad militar del Frente Polisario había sido indiscutible. A partir de allí, las grandes y prolongadas batallas que ambos ejércitos habían protagonizado a principio de los 80’s tanto el Sahara Occidental (Guelta, Bir Enzaran, Mahbes, Tifarirti, etc.), como en el interior de Marruecos (Tantan, Lemseyid, Ras el Janfra, Leboirat, Zak, entre otras), y en las que el Polisario había obtenido una ventaja táctica, quedaron en el pasado.

Finalmente, el desgaste que van a sufrir ambos contendientes -fundado en los costos humanos y militares (y por tanto económicos) que conllevaba “la batalla de los muros”- será enorme para ambos, y llevará a un empantanamiento del conflicto, en la medida que –parafraseando al ya reseñado Fuente Cobo (2011)- habían llegado a “un empate militar”. Este escenario habría de derivar en el también descrito anteriormente proceso de negociación liderado por la ONU y la Organización para la Unidad Africana, que desembocaría en el alto al fuego de 1991, sobre la base de la aceptación de ambas partes de la celebración de un referéndum de autodeterminación sobre el futuro del Sahara.

Conclusiones del capítulo 3.

Haciendo un balance retrospectivo, podemos decir que al comienzo de la guerra el Frente Polisario se encontraba frente a un desafío de proporciones, debido a la evidente superioridad numérica y material de los enemigos a los que debía enfrentar, y al hecho de tener que sostener un conflicto en dos frentes y en un teatro de operaciones con grandes complejidades. Sin embargo, desde un principio, los saharauis se hicieron fuertes combinando movilidad, audacia, adaptación y conocimiento del terreno.

Suárez Saponaro (2016) señala que la flexibilidad operativa del ELPS coadyuvó a ello:

Otra característica distintiva de los saharauis, en relación a sus adversarios, era su estructura de comando y control, el alto grado de flexibilidad con que operaban los comandos tácticos (llamados regiones militares), circunstancia que era muy diferente del lado marroquí (por razones políticas), donde era frecuente que unidades tácticas recibieran órdenes directas desde Rabat, y del lado mauritano (fuertemente dependiente del asesoramiento de Francia y Marruecos). (p.65)

Esto le permitió al Polisario derrotar primero a Mauritania, el enemigo más débil, e imponerse luego a Marruecos, al menos hasta 1980:

La estrategia aplicada, la mayor voluntad de vencer de los saharauis y su conocimiento y utilización del terreno habían ido provocando sucesivas derrotas de las Fuerzas Armadas Reales. Los ataques saharauis habían respondido fielmente a una regla estratégica fundamental: la que establece que el adversario que logre imponer al otro el campo donde se ha de librar la batalla goza de una ventaja considerable. La teoría de la guerra indica que, en un contexto de guerra no convencional entre un ejército clásico como las FAR y una guerrilla ligera y móvil como el Polisario, la ventaja esta normalmente en manos de la guerrilla. Es cierto que esta tiene pocas posibilidades de llevarse la victoria, pero sus ataques incesantes y a menudo imprevistos desmoralizan al adversario y lo debilitan al irse acumulando las pérdidas relativamente poco importantes hasta que se vuelven militarmente significativas. Es lo que se denomina atrición militar. (Fuente Cobo y Mariño Fernández, 2006, p.103).

Si la experiencia de países como Inglaterra, Italia o Alemania en el norte de África, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, había permitido el desarrollo teórico en torno a la guerra en regiones desérticas o semi desérticas, del mismo se desprendía que en ese medio *“es preferible una masa más reducida, con una potencia de fuego y de choque más limitada, pero segura, permanente, bien articulada y ágil, capaz de grandes recorridos para actuar por sorpresa”*, que *“otra masa abultada por el número, de valor más aparente que efectivo, destinada a irse debilitando poco a poco, cuando no a paralizarse, por no poder ser oportunamente abastecida de material que necesita”* (Giovaneli, 1957, p.31). Y los combatientes del Polisario, que en gran parte venían de haber revistado en las unidades españolas del Sahara (ya sea la Policía Territorial o la Agrupación de Tropas Nómadas), contaban con una preparación que recogía aquella experiencia.

Resulta relevante revisar el decálogo que establece Suárez Saponaro (2016) sobre la guerra en regiones desérticas, porque nos puede brindar un cristal desde el que auscultar el conflicto que estamos abordando:

(...) la guerra en el desierto demanda tropas perfectamente adaptadas a este tipo de geografía, movilidad y potencia de fuego a fin de compensar su reducido número, en atención a que las grandes masas generan serios contratiempos en su despliegue y sostén logístico; en las bases de abastecimiento relativamente cercanas, dada la vulnerabilidad de las líneas de comunicaciones; en la calidad de la conducción, con un adecuado sistema de comando y control; en la flexibilidad y adaptabilidad a las exigencias del desierto; en las tácticas especiales, en las cuales la combinación de velocidad, potencia de fuego y factor sorpresa son factores determinantes en diversas situaciones; y en la escasa o nula infraestructura, que demanda contar con materiales y servicios de apoyo perfectamente adaptados a las exigencias del duro teatro de operaciones desértico”. (p.72)

Queda claro que todos estos elementos estuvieron presentes en la guerra del Sáhara Occidental, que fueron tomados en cuenta por el alto mando saharauí y desechados por sus adversarios, al menos en la primera etapa del conflicto. Y si bien la estrategia de los muros le va a permitir luego a Marruecos cambiar el rumbo de guerra, no menos cierto es que esta defensa estática pudo sostenerse con enormes costos militares, humanos y –sobre todo- económicos, siendo estos últimos aportados por la ayuda exterior. Al respecto, Garí (2021) describe con precisión como, si bien franceses, saudíes, israelíes, kuwaitíes y emiratíes, ya eran un sostén importante para el gobierno de Hasán II, sin embargo va a

ser la llegada de los republicanos al gobierno de los EEUU en 1981 (que temía un nuevo Irán en la región) la que va a darle un espaldarazo y un renovado flujo de cooperación militar y financiera.

CONCLUSIÓN

A lo largo del presente trabajo de investigación hemos corroborado la *disparidad de capacidades militares* entre los bandos en pugna en el marco de la guerra del Sahara Occidental, brecha nacida y consolidada a lo largo del conflicto como consecuencia de otras disparidades.

La primera será la de los apoyos internacionales, que -como hemos visto en el capítulo primero- en el caso del Frente Polisario se redujo a Argelia y durante un breve período a Libia, mientras Marruecos contó con un amplio acompañamiento de las potencias occidentales con los EEUU y Francia a la cabeza (a las que se le sumaron Israel, Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes en distintas etapas del conflicto), especialmente interesadas en apuntalar a una pieza clave para que -en el marco de la Guerra Fría- el norte de África no cayera bajo la órbita soviética, en la medida que previo al inicio de la guerra, el rey Hassan II -tradicional aliado de los EEUU- había sufrido dos intentos de golpes de Estado protagonizados por una oposición hegemonizada por sectores socialistas.

Como hemos señalado, tal fue el impacto de esos apoyos que incluso la guerra cambió radicalmente de rumbo al profundizarse la colaboración norteamericana con Marruecos durante la administración Reagan: el crecimiento exponencial de la provisión de armas estadounidenses, de la ayuda material y del apoyo técnico para la construcción de los muros marroquíes, guardan estrecha relación con el freno al hasta entonces ascendente avance del Frente Polisario.

La segunda disparidad, no menos importante, va a ser la que se desprende del acceso privilegiado de Marruecos a los recursos naturales del “Sáhara útil” (eufemismo utilizado para referirse a la región que incluye las minas de Bucráa y la franja costera), tal como lo reseñamos en el capítulo dos. Sobre todo luego de la construcción de los muros, se va a consolidar su control efectivo de las mayores reservas de fosfatos del mundo (se estiman unas 50.000 millones de toneladas repartidas entre el territorio marroquí y el del Sahara Occidental), un mineral estratégico, imprescindible para la agricultura moderna en tanto insumo necesario para el desarrollo de fertilizantes. Además de redundar en el acceso a beneficios materiales evidentes, esto va a posicionar a Marruecos como un actor regional protagónico, en contraste con el lugar ocupado por la RASD, cuya supervivencia va a depender casi exclusivamente de la ayuda internacional.

Finalmente, en base a lo expuesto en el capítulo tercero de este trabajo, podemos inferir la existencia de dos modelos estratégicos distintos, de dos formas bélicas bien diferenciadas sostenidas por los bandos en pugna durante la contienda, con Marruecos y Mauritania asumiendo una estrategia de carácter convencional, y el ELPS una de guerra irregular, de guerrillas, que le permitió enfrentar con éxito a sus enemigos durante una buena parte del conflicto (pese a estar en evidente desventaja numérica y material), gracias a la movilidad y flexibilidad de sus tropas, su arrojo y su acabado conocimiento de un territorio en el que se movía como pez en el agua.

Demostradas entonces las diferencias de capacidades militares entre los contendientes, y explicitadas las marcadas divergencias en sus modelos de actuación bélica, debemos decir que la guerra del Sáhara Occidental encuadra de manera precisa en la definición dual de “conflicto armado asimétrico” que hemos adoptado al inicio de esta investigación, la

propuesta por Cabrerizo Calatrava (2002), que lo caracteriza como *“aquel que se produce entre varios contendientes de capacidades militares normalmente distintas y con diferencias básicas en su modelo estratégico”*.

REFERENCIAS

Bibliografía:

- Agozino, A. (2010). *El Sahara Occidental en la geopolítica del Siglo XXI*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dossyuna Ediciones Argentinas.
- Algueró Cuervo, J. (2006). *El Sahara y España. Claves de una descolonización pendiente*. Tenerife: Ediciones ideas.
- Aron, R. (2009). *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bajo, M. G. (2019). Reflexiones sobre la guerra asimétrica a través de la historia. Quito: URVIO. *Revista Latinoamericana De Estudios De Seguridad*, (24), 204–220. Recuperado de: <https://revistas.flacsoandes.edu.ec/urvio/article/view/3522/2644>
- Barbulo, T. (2002). *La historia prohibida del Sahara español*. Barcelona: Editorial Destino.
- Boukhari, A. (2004). Las dimensiones internacionales del conflicto del Sahara occidental y sus repercusiones para una alternativa marroquí. Madrid: Real Instituto Elcano. Recuperado de: <https://www.realinstitutoelcano.org/documento-de-trabajo/las-dimensiones-internacionales-del-conflicto-del-sahara-occidental-y-sus-repercusiones-para-una-alternativa-marroqui/>
- Bunker, R. (1994). The Transition to Fourth Epoch War. *Marine Corps Gazette*. Recuperado de: https://scholarship.claremont.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1142&context=cg_u_fac_pub
- Cabrerizo Calatrava, A. (2002). El conflicto asimétrico. Congreso Nacional de Estudios de Seguridad. Granada. Recuperado de: https://www.ugr.es/~ceas/Sociedad_y_seguridad/CABRERIZO.pdf
- Campos Serrano, A. y Trasmontes, V. (2015). Ressources naturelles et seconde occupation coloniale du Sahara espagnol, 1959-1975. *Les Cahiers d'EMAM*, N° 24-25. Paris, Francia.
- Carta de Proclamación de la Independencia de la República Árabe Saharaui Democrática, 27 de Febrero de 1976. Recuperada de: <https://frentepolisario.es/carta-proclamacion-independencia-rasd/>
- Clausewitz, C. (1955). *De la guerre*, Libro VI, Cap. 26. Paris: Les Editions De Minuit.
- Contreras Granguillhome, J. (1983). *La independencia del Sahara Occidental. Un país nace en el desierto*. México DF: Federación Editorial Mexicana.
- Criado, R. (1977). *Sáhara. Pasión y muerte de un sueño colonial*. París: Ruedo Ibérico.
- De Benoist, A. (2007). *De Clausewitz a Mao Tse-tung*. Barcelona: Nihil obstat. Recuperado de: https://www.academia.edu/15347083/DE_CLAUSEWITZ_A_MAO_TSE_TUNG
- Diego Aguirre, J. (1991). *Guerra en el Sahara*. Madrid: ITSMO.
- Diego Aguirre, J. (1988). *Historia del Sáhara Español. La verdad de una traición*. Madrid: Kaydeda,
- Diego Aguirre, J. (1993). *La última guerra colonial de España. Ifni-Sahara, 1957-1958*. Málaga: Algazara.

- Fernandez Vega, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz, de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.
- Forero Hidalgo, J. (2007). El conflicto en el Sahara Occidental: geopolítica regional y autodeterminación del pueblo saharauí. Una mirada desde el tiempo presente. En revista *Contra relatos desde el sur*, Nro 15, p.51 -74. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/contrarelatos/article/view/18061>
- Fuente Cobo, I. y Mariño Fernández, F. (2006). *El conflicto del Sahara Occidental*. Madrid: Ministerio de Defensa de España.
- Fuente Cobo, I. (2011). Sahara Occidental: origen, evolución y perspectivas de un conflicto sin resolver. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Recuperado de: https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2011/DIEEEM08-2011SaharaOccidental.pdf
- García Tasich, S. (2017). Recursos naturales estratégicos. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Recuperado de: <https://www.ieee.es/contenido/noticias/2017/04/DIEEEO38-2017.html>
- Garí, D. (2021). La implicación estadounidense en la guerra contra el Frente Polisario en la década de 1980. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, Vol. 12 Núm. 2 (2021), p. 255-276. Madrid, España.
- Giovaneli, J. (1957). *Guerra en el desierto y en regiones semi desérticas. Su evolución*. Biblioteca del Oficial, vol. 460. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Gómez López, E. (1992). *Del Sahara Español a la República Saharaui. Un siglo de lucha*. Montevideo: Instituto del Tercer Mundo.
- Goytisolo, J. (1979). *El problema del Sahara*. Barcelona: Anagrama.
- Hoffman, F. (2007). *Conflict in the XXIst Century: The Rise of Hybrid Wars*. Potomac Institute for Policy Studies. Recuperado de: https://www.potomac institute.org/images/stories/publications/potomac_hybridwar_0108.pdf
- Lind, W.; Nightengale, K.; Schmitt, J.; Sutton, J.; Wilson, G. (1989). *The Changing Face of War: Into the Fourth Generation*. Marine Corps Gazette. Recuperado de: https://www.academia.edu/7964013/The_Changing_Face_of_War_Into_the_Fourth_Generation
- Manifiesto fundacional del Frente Polisario (1973). Citado en: http://letras-uruguay.espaciolatino.com/gomez_emiliano/la_republica_saharai_una_historia_de_lucha.htm
- Matas, A. (2003). “Conflictos asimétricos”. Madrid: Revista de las armas y de los servicios del ejército de tierra español. Escuela Superior de las Fuerzas Armadas.
- Martínez Milán, J. (2017). La larga puesta en escena de los fosfatos del Sahara Occidental, 1947-1969. *Revista De Historia Industrial*, Vol. 26, n.º 69. Recuperado de: <https://raco.cat/index.php/HistoriaIndustrial/article/view/335602>
- Martínez García, M. (2018). *El Sahara Occidental y sus recursos naturales: perspectiva histórica y jurídico internacional*. Madrid: Escuela Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación de España.
- Miron, M. (2019). La guerra irregular y cómo contrarrestarla: una perspectiva comparativa entre los enfoques centrados en el enemigo y en la población. Bogotá: *Revista Científica General José María Córdova*, vol. 17, núm. 27, pp. 456-480. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/journal/4762/476263203002/html/>
- Ospina Morales, G. (2019). La construcción de la identidad saharauí: entre los campamentos y la identidad marroquí. En Rosanía Miño, N. y Rodríguez Vaca,

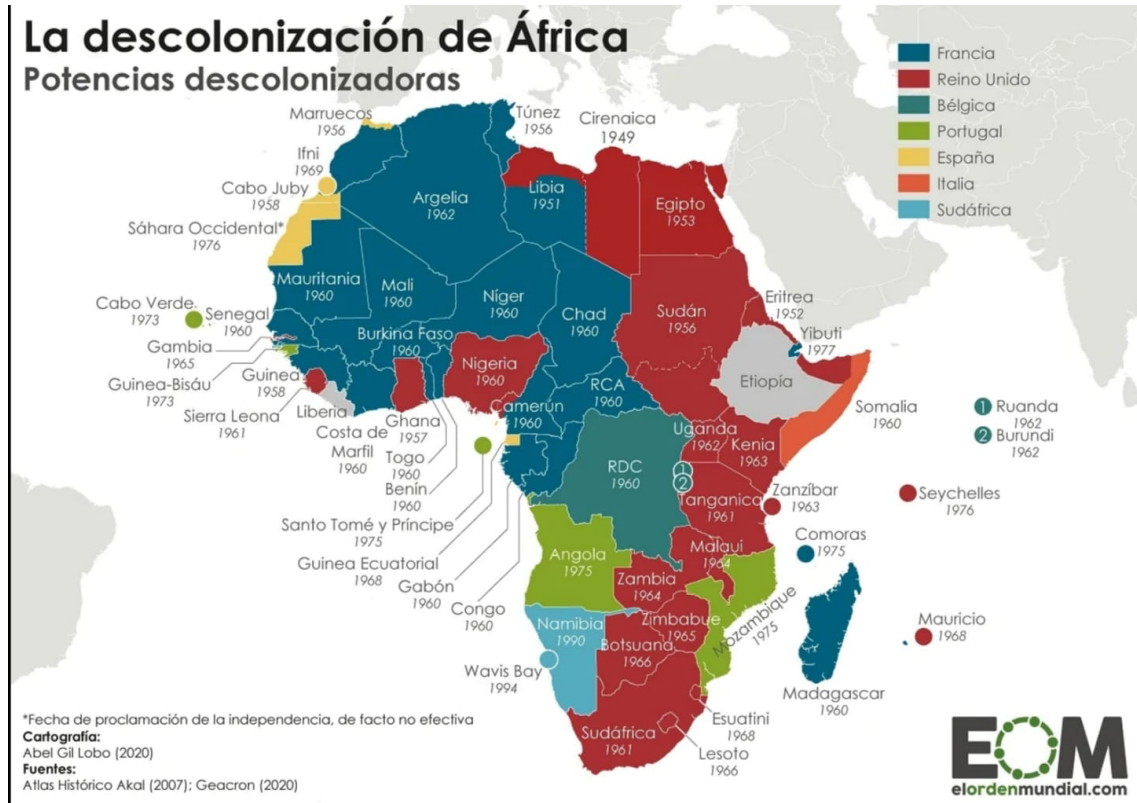
- K. (Comp.). *El conflicto en el Sahara Occidental. Poder, cooperación, identidad y paz*. Bogotá: Grupo Editorial Ibañez.
- Resolución 3437 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Cuestión del Sahara Occidental. Recuperada de:
https://www.umdraiga.com/documentos/ONU_resolucionesasambleageneral/A_RES_34_37_1979_es.htm
 - Ruiz Miguel, C. (1995). *El Sahara Occidental y España: historia política y derecho. Análisis crítico de la política exterior española*. Madrid: Editorial Dykinson.
 - Saborido, M. y Borrelli, M. (2016). *Historia del fundamentalismo islámico: desde sus orígenes hasta el ISIS*. Buenos Aires: Biblos.
 - Sánchez García, F. (2012). El conflicto híbrido. ¿Una nueva forma de guerra? En Ministerio de Defensa de España. *El enfoque multidisciplinar en los conflictos híbridos*. Madrid: Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional.
 - Schmitt, C. (2016). *Teoría del partisano*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
 - Shelley, T. (2002). *Endgame in the Western Sahara. What future for Africa's last colony?* Nueva York: Zed Books.
 - Soroeta Liceras, J. (2001). *El conflicto del Sahara Occidental, reflejo de las contradicciones y carencias del Derecho Internacional*. Bilbao : Servicio Editorial - Universidad del País Vasco.
 - Suárez Saponaro, J. (2016). *Sahara Occidental. El conflicto olvidado. Derecho internacional en el último enclave colonial en África*. Buenos Aires: Editorial Universitaria del Ejército.
 - Trasmontes, V. (2014). *El territorio del Sáhara Occidental y sus intereses económicos: reflexiones para España*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Recuperado de:
https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2014/DIEEEM17-2014_Canarias-Sahara_VioletaTrasmontes.pdf
 - Trasmontes, V. (2016). La explotación de los recursos naturales en el Sahara Occidental. En Barreñada, I. y Ojeda, R. (eds.) *Sahara Occidental, 40 años después*. Madrid: Catarata.
 - Tribunal Internacional de Justicia de la Haya. Caso relativo al Sahara Occidental. Opinión consultiva de 16 de octubre de 1975. Recuperado de
<https://www.dipublico.org/cij/doc/61.pdf>
 - Van Creveld, M. (1991). *The Transformation of War*. New York: Free Press.
 - Verstrynge, J. (2013). *La guerra periférica y el islam revolucionario. Orígenes, reglas y ética de la guerra asimétrica*. Madrid: El Viejo Topo.}
 - Villar, F. (1982). *El proceso de autodeterminación del Sahara*. Valencia: Fernando Torres Editor.
 - Zorgbibe, C. (1997). *Historia de las relaciones internacionales II. Del sistema de Yalta a nuestros días*. Madrid: Alianza Editorial.

Anexos:

Anexo 1: Mapa del Magreb hasta 1956



Anexo 2: Proceso de descolonización de África.

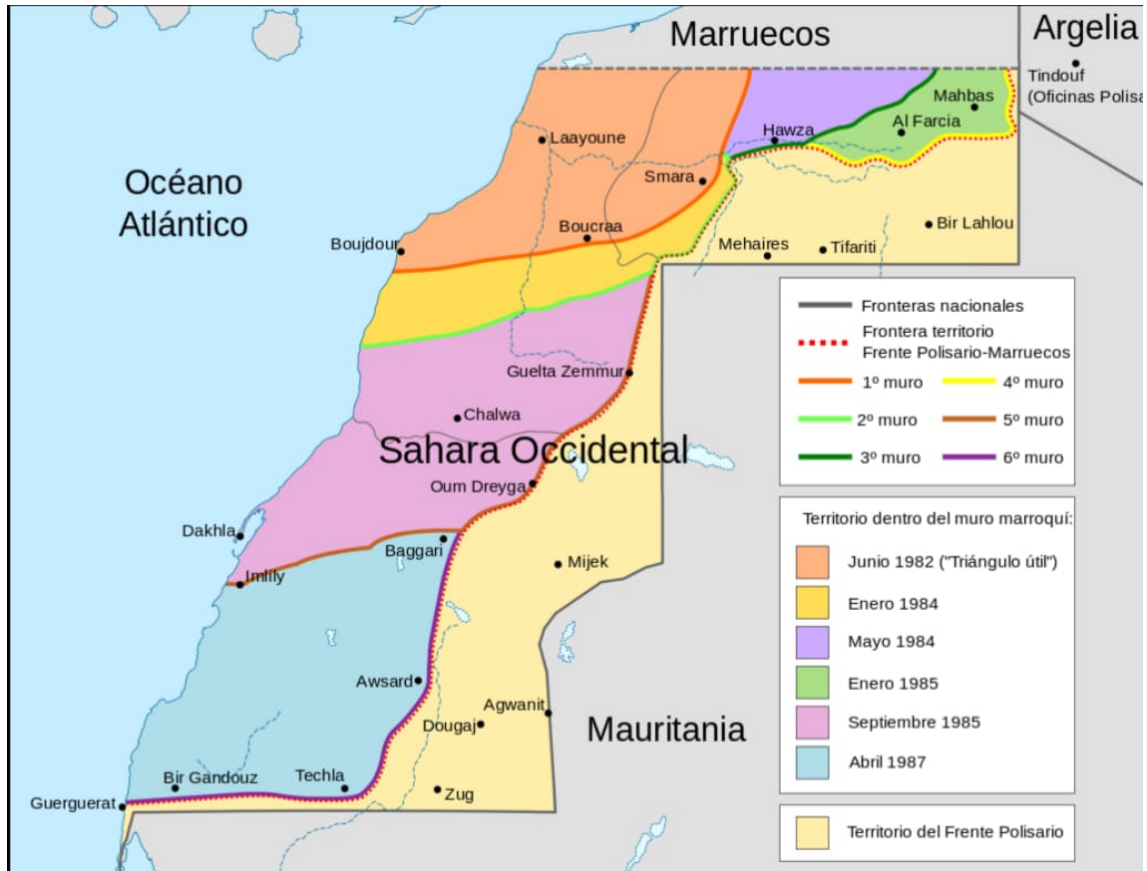


Anexo 3: Gran Marruecos



Anexo 4:

Muros construidos por Marruecos en el territorio del Sahara Occidental entre 1980 y 1987.



Anexo 5: Evolución de la construcción de los muros marroquíes en el territorio del Sahara Occidental.



Anexo 6: Recursos naturales en el Sáhara Occidental.

